

Memorias imperfectas

Camelia Román Fernández

AGRADECIMIENTOS

A todas las personas que me animaron a escribir estas *Memorias imperfectas*, principalmente a mis hijos y nietos.

A mi seres queridos, que desde el más allá me dieron alas, pues muchos de los relatos no hubieran sido posibles sin sus sabrosas charlas familiares que me revelaron detalles de mis orígenes.

A María Antonia Lasso Pérez, que por fin se salió con la suya, después de machacar tesonera y reiteradamente para que contara mi vida.

De manera muy especial a la persona que tuvo la paciencia y buena voluntad de asesorarme para que este texto tomara al fin vida.

A mi Dios desconocido
A mis raíces
Al amor de mi vida
A mis hijos y nietos
A mis hermanas
A mis amigos

UN INTERLOCUTOR SUI GÉNERIS

Aunque quisiéramos creer para siempre, tenemos
que empezar por creer cada mañana.

Anónimo

De hoy no pasa. Debemos tener una plática muy larga y muy seria Tú y yo. Todavía no decido cómo llamarte; se te ha nombrado de tantas maneras. Pero, en fin, como te llame es lo de menos. El hecho de cambiar mi nombre no cambiaría mi esencia y, por lo tanto, me parece que lo mismo pasaría contigo. Por eso en lugar de decirte El que Es, La que Es, Lo que Es (por aquello de la equidad de género, tan en boga hoy en día), Yahvé, Alá, Ra, Substancia o Todopoderoso, optaré por el más común y el que de alguna manera todos entendemos: Dios.

¿Cuál es el motivo de esta charla, tan largamente pospuesta, entre Tú y yo? Pues nada menos que una asignatura que tengo pendiente antes de terminar mi tránsito por el mundo: contar la historia de mi vida. Dios, ¿y qué es lo que puedo decir de mi vida? Yo, como cualquier otro ser humano, soy producto de las circunstancias en que he vivido. Mi vida no es mía, sino del azar, del destino, del tiempo y el lugar en que me tocó venir a este planeta, pues si hubiera nacido en cualquier otra parte y en cualquier otro momento, sería totalmente diferente.

Pero dice la sabiduría popular: “Así lo quiso Dios”... O dice el fatalista: “Así estaba escrito”.

De cualquier manera, seas Tú, el destino o la casualidad los que determinaron mi aparición sobre este mundo, Te cuento que

nací en Barcelona, España, en agosto de 1937, durante la Guerra Civil, en medio del fragor de los bombardeos, la metralla y los aullidos de las alarmas antiaéreas. Seguramente aquella habitación se parecía más al *Guernica* de Pablo Picasso que a una sala de expulsión, pero aun cuando el escenario no fuera el más indicado para un parto, hay cosas en la vida que no se pueden detener. Una de ellas es, precisamente, el milagro de la vida, incluso en medio de la muerte.

¿Sabes una cosa, Dios? He de reconocer que escogiste para mí los mejores padres del mundo. A pesar de no recordar la presencia física de mi madre, me sentí envuelta en su amor desde la primera bocanada de aire que aspiraron mis pulmones, desde el primer contacto con sus amorosos y extenuados brazos. Eso no es un recuerdo, es algo que percibo de alguna manera totalmente imposible de medir, de explicar, de traducir en palabras; es como una sutil sensación que se quedó impresa en mi alma desde el principio de mi existencia. En aquel momento vivía inmersa en ese amor como lo había estado en el líquido amniótico que me nutría antes de mi incipiente aparición en aquella habitación plena de humo, de escombros y de ruidos aterradores. Pero el amor que me transmitían los brazos tibios y protectores de mi madre, de alguna forma preservó mi frágil espíritu del horror circundante.

¡Pobre madre mía! Enferma, aterrada, lejos del hombre que hasta ese momento había sido la única razón de su vida, y sin embargo protegiéndome, olvidándose de todo y susurrando cánticos suaves para calmarme, amamantándose de sí misma, porque acababa de aparecer en su vida una razón poderosa para seguir luchando contra la tuberculosis que la consumía. Pero aquel pedacito de carne esmirriado y gimiente era en ese momento lo que la mantenía viva y llena de esperanza, y apretándome contra su pecho exangüe, únicamente sentía la ausencia de su amado Juan, quien luchaba en las trincheras republicanas, ignorando aún mi nacimiento.

¿Y qué decir de mi padre? Si todo lo que de Ti se dice, si todo lo que me es necesario creer para sentirme plenamente humana es cierto, entonces creaste el padre perfecto para mí. Íntegro y amoroso, alegre cuando correspondía y serio cuando hacía falta, responsable y congruente... Él y mi madre formaban una pareja digna de ser admirada. Probablemente sean los seres humanos más ricos que haya conocido, a pesar de que carecían a veces hasta de lo más elemental. Pero su riqueza era interior, y era, sobre todo, compartida.

Los primeros en compartirla eran ellos mismos, desde luego, pero después esa riqueza se derramaba de la fuente primigenia que formaban y, como decía el gran Mario Benedetti, “en la calle, codo a codo, somos mucho más que dos”. Su familia, sus amigos, su club de teatro y zarzuela, sus compañeros de trabajo e ideales, sus libros... Mi padre era un gran lector y mi madre una gran narradora, tanto era así, que la familia juntaba sus escasos recursos para enviarla al cine a ver la película de moda, porque decían que cuando ella después se la contaba, la mejoraba con su fantasía desbordada.

Supongo, Dios, que la guerra fratricida que se estaba llevando a cabo Te tiene que haber horrorizado, como cualquier guerra en cualquier parte y en cualquier tiempo. Mi padre, pacífico por naturaleza, fue un hombre utópico de ideas liberales, fanático de la autodisciplina, del crecimiento interior, de la libertad de creencias y del respeto a los demás mientras no dañaran a nadie. Imbuyó esas ideas en mi madre y, tiempo después, al paso de los años, en mí.

Aunque criado en una familia tibiamente religiosa, algo sucedió en su juventud que lo apartó de la Iglesia católica, mas no de su idea de un Ser Superior. A mí, desde pequeña, me alentó a estudiar todas las religiones, sin imponerme ninguna, diciendo que cuando fuera mayor, mi conciencia me dictaría qué creencias tener. Esto demostraba de forma palpable la congruencia de

sus ideales, puesto que ni siquiera a su hija trató de imponerle sus propias convicciones.

¿Será por eso, Dios, que me atrevo a charlar contigo sin tapujos, al tú por tú? Así lo hacía de niña con mi padre, y si eres realmente mi creador, deseo hacerlo también contigo. Aunque he de confesarte que, más que como padre, con el paso de los años y las reflexiones propias Te considero más bien como un gran crisol, de donde salimos todos y hacia el cual tendemos a regresar. Como decía san Agustín de Hipona: “Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón no descansará hasta volver a Ti” ¿Será ésa la verdad? ¿Quién puede saber la gran Verdad? ¿Nos interesa realmente conocer la Verdad o es más cómodo vivir en la ignorancia, no pensar en el mañana, en la vida o la muerte eternas?

Perdona mis digresiones y volvamos a la historia de mi vida. Tengo que reconocer que no obstante que mis inicios fueron lamentablemente tristes, duros, incluso miserables, Tú, Dios, o la vida, se encargaron de hacer que mi desarrollo posterior fuera mucho mejor. Después de quedarme sin patria, puesto que tuvimos que emigrar primero a Francia y luego a México; después de quedarme sin madre y sin hermana al poco de llegar aquí; después de haber crecido sin un Dios al cual aferrarme, el destino acabó siendo misericordioso conmigo.

Fui exiliada de la tierra que me vio nacer, pero me acogió otra tierra generosa, a la que reconozco como mi segunda patria, mi México querido, que me ha dado techo, sustento, amor, protección, identidad y orgullo. Me fueron arrebatadas en mi temprana niñez mi madre y mi hermana por una muerte injusta, pero me tocó en la repartición posterior una segunda madre, que, sin serlo biológicamente, merece ese nombre mucho más que otras que hemos gestado hijos en nuestro vientre. Ella me gestó en su corazón. Si bien no tuve una hermanita con quien jugar de niña, la vida me dio un par de hermanas que llegaron a mi vida justamente en el momento en que las necesitaba.

Por último, después de haber crecido en una familia en la que Dios sólo era una palabra, incluso a veces una blasfemia. Su presencia se hacía notar en el quehacer humano diario, como cita san Lucas en la Biblia, en el Sermón de la Montaña: “Porque cada vez que hiciste el bien con cualquiera de mis hermanos más pequeños, conmigo lo hiciste”. Mi familia siempre tuvo las puertas abiertas para ayudar, sobre todo a reparar injusticias. Mi hijo mayor dice que su abuelo, mi padre, era el único santo ateo que conocía.

Pues bien, Te decía que después de haber crecido en una familia “atea”, la primera hermana de la que Te hablaba más arriba, con su ejemplo y sus palabras, despertó en mí el hambre de ese Dios que ella nombraba y que yo no conocía. Envidiaba su devoción y su confianza sin límites. Fue ella la que sembró la primera semilla de fe que, debido a mi falta de esmero en cuidarla, quedó ahí en el fondo de mi alma como adormecida. Más adelante en mi vida, con la prematura muerte de mi segundo hijo, me derrumbé, y hete aquí que me apareció otra hermana, que me llevó de la mano hacia Ti de una manera limpia, diáfana, sin dudas ni cuestionamientos. Me invitó a un cursillo de Cristiandad y ahí encontré la tabla de salvación para mi alma, que naufragaba en las aguas tormentosas del que sufre y vive sin un asidero... Que después los años, mi razón y el libre albedrío del que me dotaste, me llevaran por otros derroteros, es harina de otro costal. También sobre eso deberemos intercambiar ideas en algún momento.

Es por eso, Dios, que, a pesar de mis dudas y mis inquietudes, Te estoy agradecida, porque has compensado con creces lo que en algún momento pensé que eran pérdidas. Hoy comprendo que eran oportunidades de crecimiento y vacíos que se llenaron con riquezas aún más valiosas que las que me fueron arrebatadas.

Me diste un marido amoroso, con sentido del humor, fiel y respetuoso de mi libertad, que me hizo feliz durante casi treinta años. ¿Que Te lo llevaste muy pronto? ¿Que duró poco el matrimonio? Sí, pero fue bueno y dichoso, y a veinticinco años de su partida, sigue

siendo una bella historia de mi vida. Puedo decir con Heinrich Heine, el insigne poeta alemán: “Es mejor haber amado y haber perdido, que nunca haber amado”. Gracias a él tengo cuatro hijos que son mi tesoro, diez nietos como diez rosas, y además un bisnieto que es un ángel riente. Sin lugar a dudas, has sido generoso conmigo, a pesar de que a veces he puesto en cuestionamiento muchas de las cosas que los seres humanos, tus creaturas, han hecho y dicho en tu nombre, haciéndonos creer que eran designios y palabras tuyas.

Has de perdonar este continuo ir y venir entre la historia de mi vida y mi conversación privada contigo, pero es que si soy parte Tuya, por ende, Tú también eres parte mía, y no puedo hacerte a un lado como quien encuentra algo que le estorba. Mi vida está llena de Ti, a veces de manera amorosa, a veces de manera irritada. Pero si Tú en realidad eres mi Creador y mi Padre, no tienes más remedio que amarme y aguantarme, aunque Te enfade, como muchas veces lo he hecho yo, madre imperfecta, con mis propios hijos.

LA DIÁSPORA

Con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza.

Pedro Garfias

Pues bien, Tú que todo lo sabes estarás al tanto de que año y medio después de mi nacimiento, en pleno enero, con un frío terrible y en medio del rugiente viento de la Tramontana, las mujeres y los niños que formábamos la familia tuvimos que salir de Barcelona rumbo a Francia, atravesando los nevados Pirineos. Todos, menos mi abuela paterna. Ella había ido a un pueblo cercano a buscar algo para calmar nuestra necesidad imperiosa de alimento... Salimos de la ciudad despavoridos porque arreciaban los bombardeos, entre ellos el de nuestra casa, que quedó hecha trizas. La guerra estaba perdida para la causa republicana. No había más remedio. La disyuntiva era huir o morir.

Mi madre iba al frente de la diáspora, embarazada y conmigo de la mano. La acompañaban una hermana de papá con su pequeña recién nacida, una cuñada enloquecida por el dolor de haber perdido a su pequeño por una infección tetánica, y el hermano menor de mi padre, de escasos doce años. Llevábamos a cuestas lo poco que el último bombardeo nos había dejado y el alma destrozada, pues teníamos noticias de que el batallón en que militaban mi padre y mis tíos había sido diezmado por la aviación fascista.

Al traspasar la frontera, fuimos subidos por la gendarmería francesa a un tren que nos llevó, atravesando toda Francia, hasta el

norte, a un pueblo llamado Flers de l'Orne, para ser confinados en un campo de refugiados. En medio de esa desolación, una gélida mañana nació mi hermanita Orquídea, con pocas esperanzas de vida. No puedo ni imaginar el sufrimiento de mi madre al dar a luz a su segunda hija en circunstancias aún peores que las de mi propio nacimiento. Mi tía Nati, con tal de ayudarla y estar a su lado en esos dramáticos momentos, pidió de favor a las autoridades que la admitieran en la clínica que había en el campo como sirvienta, vaciando los orinales de los enfermos. Fue un gesto de amor y solidaridad que siempre le agradeció mi madre.

Mientras tanto, mi padre y mis tíos habían salido únicamente con heridas menores del último ataque, y aunque mis tíos fueron internados en el campo de detención de Arlés, muy cerca de la frontera con España, mi padre se las arregló para escapar y llegar hasta París, donde pudo ponerse en comunicación con el resto de la familia por medio de la prima Carmen. Tras mil peripecias pudieron reunirse en París, donde encontraron la oportunidad de embarcar hacia México en el vapor *Mexique*. El entonces presidente, Lázaro Cárdenas, había abierto las puertas de su país a todos los refugiados republicanos que quisieran exiliarse en esta generosa tierra, que luego se convertiría en nuestra patria adoptiva.

La familia quedó dispersa. Mientras unos nos embarcábamos rumbo a América, dos de mis tíos, incapaces de lidiar con la nostalgia, volvieron a Cataluña para reunirse con mi abuela paterna, quien había enloquecido, pues cuando regresó a Barcelona, se encontró con una ciudad en ruinas, sin casa, sin familia y sin noticias, hasta mucho después. La posguerra fue un verdadero calvario para los que se quedaron en España, pues la libertad brillaba por su ausencia, la hambruna era generalizada y la correspondencia estaba prohibida. Mi tía Anita, su esposo y su hijo se quedaron en Francia y les tocó vivir la segunda Guerra Mundial, a causa de la cual murió mi tío. Ella, viuda y con un pequeño de un año, vivió experiencias terribles y fue hasta pasados bastantes años que mi

padre y mis tíos pudieron costearle el viaje a México, junto con mi primo Paco y una niña, Linda, fruto de un segundo matrimonio de mi tía.

En el barco *Mexique* viajábamos principalmente familias de obreros, artistas, profesionistas e intelectuales. Lo curioso es que uno de los requisitos para embarcar era ser campesino, puesto que el gobierno de la República en el exilio había comprado varias hectáreas de tierras, supuestamente para colonizar, en Santa Clara, municipio al noroeste de Chihuahua. Por lo tanto, el señor Gamboa, agregado del embajador mexicano don Gilberto Bosques, explicó que los lugares disponibles para los que quisieran embarcar a México serían para agricultores.

Casualmente, todos los que se encontraban en la junta donde se señalaría quiénes embarcarían, resultaron ser campesinos, empezando por mis familiares, quienes eran obreros y en su vida habían sembrado una semilla de nada, excepto la de la dignidad en la Guerra Civil española. Los que menos abandonaron la patria fueron, precisamente, los campesinos, más enraizados en su terruño. Los que lucharon con más ahínco fueron los proletarios. Así son las cosas en las guerras.

Muchos de los refugiados que estuvieron en Francia se quejaron del trato recibido por parte de las autoridades galas, pero yo me pregunto ¿qué puede hacer un gobierno al que le entran por la frontera miles y miles de soldados derrotados, junto con sus familias, muertos de hambre, llenos de piojos y sin un céntimo en las escarcelas? Además, con la agravante de que flotaba en el aire la amenaza de la segunda Guerra Mundial, con los alemanes en su traspatio. Muchas veces los gobiernos tienen que tomar medidas que no son del agrado de todos, pero para los dirigentes franceses primero estaban sus compatriotas, antes que la horda de refugiados que fluían por sus fronteras. Además, hay que reconocer que hubo infinidad de particulares que prestaron toda la ayuda que pudieron a los refugiados. Me parece pertinente señalar que no hay

que confundir las acciones de los gobiernos con la solidaridad de los pueblos.

¿Podrías Tú, oh, Dios, iluminarme para entender por qué las guerras sacan a la luz lo peor, lo más indigno de algunos seres humanos, mientras que a otros los enaltece y llegan a sacrificarse por ayudar a los demás, a sus hermanos, llámense compatriotas, refugiados o incluso enemigos heridos? Supongo que una calamidad, sea ésta guerra, epidemia o desastre natural es un crisol donde se separa el metal noble de las impurezas.

Un caso totalmente emblemático fue el gesto de solidaridad que tuvieron el general Cárdenas y el pueblo de México para con los republicanos españoles. Al llegar a Veracruz, media ciudad estaba en el muelle esperando a los refugiados, ofreciéndoles alimentos, ropa, artículos de primera necesidad e incluso hospedaje, con esa alegría y hospitalidad características del pueblo veracruzano. Mis familiares se emocionaban hasta las lágrimas al describir el recibimiento con música y calor humano que encontraron al llegar.

Las autoridades habían preparado un tren para que inmediatamente fueran trasladados a Chihuahua los futuros “campesinos” que supuestamente colonizarían Santa Clara, mientras que otro tren estaba listo para llevar a la ciudad de México a aquellos refugiados que, por su precaria salud, necesitaran atención médica urgente. En este segundo grupo nos encontrábamos mis padres, Orquídea y yo.

Una vez lejos de la patria que los vio nacer, la familia volvió a separarse. Los dos hermanos de mi padre y su cuñada fueron enviados a Chihuahua, mientras que mi padre, mi madre, mi hermanita y yo viajábamos hacia México capital. El general Cárdenas había obligado a los españoles, antiguos residentes, a que recibieran a sus compatriotas enfermos en un magnífico hospital que tenían en la capital, cosa que no querían hacer, porque la mayoría era partidaria de Franco, pero ante la amenaza de que o nos recibían o les expropiaban el Sanatorio Español, no tuvieron más

remedio que acatar los deseos del mandatario. Parece mentira que, en medio de la desgracia, fueran más compasivos y solidarios los ciudadanos mexicanos que los compatriotas españoles. ¡Cuánto daño hace aferrarse a las ideas políticas y olvidar lo básico que es el humanitarismo!

Al llegar a la ciudad de México, mi padre nos dejó a mi madre, mi hermanita y a mí en el hospital y él se aventuró a buscar alojamiento y trabajo. Tuvo la suerte de encontrar pronto lo que precisaba y regresó al sanatorio un par de días después a vernos. Al llegar se encontró a mi madre en la puerta del hospital y le preguntó azorado que por qué no estaba encamada, tal como lo había prescrito el médico. Ella le respondió entre sollozos: “Vengo de sepultar a Orquídea”. La desdichada criatura había fallecido en cuanto recibió atención médica. Su frágil cuerpecito no daba para más sufrimiento. Fue un golpe muy duro para mis padres perder a su pequeña, después de haber pasado tantas penurias y en el momento en que veían abiertas las puertas de la paz y la esperanza. Orquídea contaba únicamente con unos cuantos meses, a la par que yo cumplí dos años al ingresar al hospital.

¿Cuántas veces habremos comentado al ver una película o leer una novela, que parece sacada de la vida real? Pues bien, en mi familia, como en la de muchísimos otros compatriotas, sucedieron infinidad de cosas que parecían tomadas de una novela de ficción. La travesía en el barco en que viajamos de España fue compartida por cientos de familias, entre ellas un matrimonio con dos hijas, la mayor de ellas, María, muy enferma de tuberculosis. Durante el viaje no hubo contacto entre mi familia y la de María, pero al llegar a Veracruz, a ella y a los suyos también los trasladaron a la capital y ella fue internada en el mismo hospital que mi madre, mi hermana y yo. Como ya dije, Orquídea falleció al día siguiente; a mí me separaron de mi madre y tanto a ella como a María, las ubicaron en la sala de infecciosos. Les tocó ser vecinas de cama y empezaron una relación que con el tiempo se convertiría en amistad entrañable.

Los domingos se permitía a las enfermas convivir un poco con los familiares que iban a visitarlos y, de esa manera, nos conocimos las dos familias. María, al cabo de un año, fue dada de alta, pero seguía visitando a mi madre y de pasada a mí, pues se había encariñado mucho conmigo. Yo también abandoné el sanatorio más o menos al mismo tiempo y me fui a vivir con la familia de mi padre, que ya había regresado de Chihuahua, reclamados por mi papá, ya establecido y siempre al pendiente de los suyos.

Para esas fechas la familia había aumentado, pues mi tío José, que en el barco venía soltero, conoció a la que después sería su esposa, mi tía Vale. Entre tanto, mi tío Manuel y mi tía Nati se pusieron a trabajar afanosamente para recuperar al hijo que se les había muerto durante la guerra, dando como resultado la primera generación “mexicana”, mi prima Florinda, que nació en Chihuahua, en la calle Aldama. Fue así como se fueron tres a las tierras del norte y volvieron cinco un año después.

A mi mamá, las austeras monjas que regenteaban el sanatorio la dejaban salir en las fechas importantes a pasar algunos días en casa, pero siempre tenía que volver al hospital, pues su estado era sumamente delicado. Y hablando de dichas monjas, años después, en pláticas de sobremesa, me enteré de que una de ellas, de bastante buen ver, se enamoró de mi papá, con lo cual demostraba su buen gusto. Pero, desgraciadamente, dado su encaprichamiento, se ensañó con mi mamá y llegó a decirle, levantándose el hábito y golpeándose los rozagantes muslos, que ella sí tenía buenas carnes que ofrecerle a Juan (léase mi padre), y no los palillos de mi pobre madre. ¿Cómo es posible llegar a tal crueldad?

Ésas son las cosas, Dios, que me han separado de la Iglesia. Y conste que no estoy culpando a la monja. Era una mujer en toda la extensión de la palabra y su cuerpo le pedía algo más que ayunos y flagelaciones. No puedo explicarme por qué los altos jefes se empeñan en continuar exigiendo a sus ministros y sus monjas que vayan contra natura. Es eso, a mi modo de ver, lo que causa tantos

escándalos que dañan a la institución que dicen proteger. Con sus prohibiciones parecen estar enmendándote la plana, Señor, puesto que también ellos son creación tuya y tienen necesidades que los votos de castidad que impone el celibato les impiden satisfacer. Es causa también de las perversiones que últimamente se han develado y han manchado la imagen pretendidamente inmaculada de la Iglesia.

Llegó un momento en que mi madre presintió que su fin era inminente. Era tanta su amistad con María, que le confió el cuidado de sus bienes más preciados: “Su Nena y su Nete”, su “Juanete”, como ella lo llamaba. Estoy segura de que su sexto sentido le dijo que no podía dejarnos en mejores manos.

Cuando mi madre falleció, un 26 de diciembre, yo con cuatro años de edad, la amistad entre los Roperuelo, que así se apellidaba María, y mi padre, creció. En el ínterin yo había estado al cuidado de tía Nati, pero tanto ella, como mi tío Manuel, mi prima Florinda y Jaime, recién nacido, ya formaban una familia, y aun cuando mi papá se lo agradeció siempre, anhelaba para mí y para sí mismo tener una familia propia también.

Mi padre se había dado cuenta del amor que había despertado en María y, a pesar de no estar enamorado de ella, sabía que era una buena mujer, que lo quería mucho y que a mí me adoraba, así es que, práctico como era, pensó que un matrimonio sería lo mejor para todos. Formalizó la relación y pidió la mano de María a mi abuelo Fernando. El día que fueron al Registro Civil para averiguar los requisitos para una boda, se encontraron con la circunstancia de que llevaban todos los papeles necesarios, en ese mismo momento se casaron. Por cierto, mi abuelo Fernando siempre le reclamó a mi papá los veinticinco pesos que debió pagar por la licencia matrimonial, pues como papá no los llevaba, los tuvo que poner mi abuelo. Era broma familiar decir que para casar a su hija, tuvo que financiar su propia boda, pues mi padre jamás le pagó ese dinero.

Nunca tuvo mi padre que arrepentirse de ese acto, que podría considerarse egoísta, ya que pensaba más bien en darme una madre que en tener una esposa. A pesar de que jamás olvidó a mi madre, su Lola adorada, al final aprendió a querer con verdadera devoción y agradecimiento a mi mamá María.

MIS DOS MADRES

No sólo es madre la que gesta y da a luz, sino
la que gesta en el corazón y prepara para la vida.

Anónimo

DOLORES FERNÁNDEZ SERRANO

De mi madre biológica, Lola, como la llamaban todos, no tengo ningún recuerdo consciente. Ella falleció cuando yo contaba únicamente con cuatro años y, a pesar de que a esa edad la mayoría de las personas ya tienen memoria de algún suceso, es posible que en mi caso la mente se me haya bloqueado por todas las adversidades vividas. Mi primera remembranza no es precisamente de ella, sino del miedo y la angustia que pasé al escuchar los gritos desgarradores de mi tía Nati lamentándose por su muerte. Tanto fue mi espanto que me escondí debajo de una cama, tapándome los oídos. Todo lo demás que de ella existe en mi cabeza son retazos de pláticas escuchadas, como un caleidoscopio de fotografías o de narraciones anecdóticas.

Sé de buena fuente que era una mujer hermosa, alta, morena clara, extremadamente delgada a causa de su enfermedad, alegre, cantadora, buena conversadora y con unos bellos ojos tristes que parecían presagiar su prematuro final. Su suegra, sus cuñadas y demás familiares por la parte de mi padre, la adoraban, mientras que de su propia familia únicamente sus hermanos la querían mucho, pero de sus padres no recibió cariño ni apoyo alguno.

A ciencia cierta ignoro la causa; una bruma intensa cubre mi linaje materno. Sin embargo, escuché rumores de alcoholismo y malos tratos en los que nunca he querido profundizar, ya que si eso me va a doler, por mi madre muerta prefiero no saber nada. Escapar de una realidad dolorosa puede ser un acto de cobardía o una forma de supervivencia.

Mis padres se amaron mas allá de la razón, caminaron de la mano por la senda de la utopía, en tiempos en que soñar costaba la vida. Ella le inoculaba su alegría de vivir en medio de circunstancias muy difíciles. Compartieron ideales, deseos de superación, apasionamiento por la lectura y el canto, gusto por la vida al aire libre y, sobre todo, anhelos de justicia y libertad. Se casaron sólo por no contrariar a sus familias, pero ambos eran librepensadores y estaban convencidos de que el amor debería vivirse sin ataduras. Soñaban con que el comportamiento en la sociedad estuviera regido por la autodisciplina, en lugar de ser coaccionado por leyes impositivas dictadas por terceros.

Mamá no sólo amaba a mi padre, sino que lo admiraba y compartía toda su filosofía de vida. Era muy apegada a la familia de su marido, donde todos le tenían un gran cariño. A pesar de vivir al principio de su matrimonio en medio de algo tan espantoso como una guerra civil, ello no le robó su entusiasmo y su innato sentido de servicio hacia los demás. Mis tías y mi padre siempre dijeron que en esos valores me parezco mucho a ella.

En una ocasión, cuando ya me iba a casar, buscaba yo mi fe de bautismo entre los papeles importantes que siempre se guardan, y me topé de manos a boca con unas cartas de mis padres que databan del tiempo de la guerra. Por una de ellas mi padre se enteró de mi nacimiento y en ese epistolario que leí a hurtadillas, sintiéndome culpable por transgredir su intimidad, pude percatarme del gran amor que se tenían. Excuso decirte, Dios, que las leí entre lágrimas, con una mezcla de sensaciones: dolor, alegría, ternura, admiración...

Por delicadeza, las volví a colocar en su secreto nicho y nunca comenté haberlas hallado y menos aún leído. Después del fallecimiento de mis padres las busqué afanosamente... pero ya no las encontré. Seguramente, antes de su muerte, en un acto de lealtad con su amada, papá las destruyó por considerarlas demasiado íntimas para dejarlas al garete.

Quiero suponer que algunos de los genes de mi mamá Lola están presentes en mí, puesto que me lo decía mi padre y me lo siguen diciendo mis dos tías sobrevivientes: que me parezco bastante a ella, no sólo en lo físico, sino en muchas de sus formas de actuar. Es probable que mi deseo de servicio y mi sentido de independencia provengan no únicamente de las enseñanzas de mi padre, sino de su propia esencia. Quizá también haya heredado de ella esa especie de tristeza soterrada que siempre me acompaña, incluso en los momentos más alegres.

De lo que sí estoy segura es de que no me transmitió su sonrisa fácil, su carisma y su simpatía, pues a mí me cuesta trabajo entablar relaciones y expresar afecto. Seguramente fue Camelia, mi hija, la que aprovechó el salto generacional. Como dato curioso, les diré que así como sus familiares le pagaban a mi madre el boleto del cine para que después les contara lo que sucedía en la pantalla, a mí me sucedió algo semejante. Estando ya casada, como a mi marido no le atraía mucho la lectura, cuando le recomendaban un libro, lo compraba y me lo daba a leer para que después se lo relatara, pues aparte de la comodidad, decía que era más interesante oírlo de mis labios.

El último rasgo de generosidad de mi mamá Lola lo tuvo cuando vio la muerte cercana, pues asumió el valor y la entereza de “heredarle” a sus dos amores, su marido y su hija, a la entrañable amiga que había encontrado en medio de la enfermedad y la desgracia. Olvidó el egoísmo que por celos tendría cualquier mujer y pensó sobre todo en nuestro bienestar. Fue así como llegó a mi vida, a nuestra vida, mi segunda madre: María.

MARÍA ROPERUELO ESTURO

María compartía con Dolores únicamente su bondad y su enfermedad, porque en lo demás eran completamente diferentes. Así como Lola había crecido en un hogar falto de amor y de los valores esenciales para el desarrollo de las criaturas normales (por suerte, ella fue una fuera de serie), María había vivido en un hogar integrado, con valores muy relacionados con la libertad y el trabajo esforzado, donde imperaba la honradez y el amor. Pero no ese amor que se demuestra a base de carantoñas, sino de hechos, muy al estilo de los habitantes del norte de España, de donde provenían sus padres.

De niña fue enfermiza, débil, algo tímida y no demasiado agradada, al contrario de su hermana Aurora, que era el vivo ejemplo de la salud y la belleza. También el carácter de las dos era disímulo, pues aun siendo alegres, María era más reflexiva, y Aurora más infantil. Tuvieron una niñez todo lo normal que les permitía el que su padre fue un hombre de ideas liberales avanzadas y muy comprometido en la lucha política, lo cual lo colocaba en constante peligro. Su madre siempre sufrió mucho por esa causa.

Al final de la guerra, como muchos españoles republicanos, huyeron y encontraron en México un país donde se sintieron libres y pudieron trabajar honradamente durante el resto de su vida. María, al igual que Dolores, traía consigo la terrible enfermedad que la guerra y sus carencias le habían proporcionado, la entonces temible tuberculosis. Las dos fueron a parar al Sanatorio Español, y quiero creer que el destino, o Tú, Dios, quisieron que fueran vecinas de cama y que se hicieran amigas, tanto que la vida de María cambió completamente a raíz de esa amistad y de la muerte de Lola.

María se convirtió en la tabla de salvación para mi padre, y desde luego para mí, a pesar de que en ese momento yo no lo considerara así. Pero, ¿qué puede saber de la vida y sus avatares

una niña de seis años? Ésa era mi edad cuando contrajeron matrimonio. Yo, desde luego, no entendía por qué tenía que abandonar la casa de mi tía Nati, donde me sentía querida y podía jugar con mis primos, para irme a vivir a otra casa, donde me encontré con lo peor: la competencia por el amor de mi padre.

Deja Te platico, Señor Dios, cómo era María. Una mujer sencilla, sin grandes pretensiones, sin grandes estudios, apenas la primaria y un curso de corte y confección, pero bondadosa y, sobre todo, completamente enamorada de mi padre y decidida a cumplir la promesa que le había hecho a Lola de convertirnos en un par de personas dichosas. ¡Y cuánto le dificulté yo esa decisión! Se topó con una niña enfermiza, díscola, contestona... Pero su bondad, su paciencia y perseverancia, y sobre todo su amor, acabaron por conquistar mi poca disposición para dejarme querer. Su amor llegó a tanto que no quiso tener hijos de su propia sangre, pues yo llenaba con creces sus expectativas de maternidad.

No puedo menos que agradecerle a la vida, al destino o a Ti, Dios, que hayas puesto a esta maravillosa mujer en nuestro camino. Fue el ejemplo de lo que una buena esposa, madre y abuela debe ser, a pesar de no haber engendrado y dado a luz, y a pesar de no haber sido el primer amor y el ideal que su marido esperaba. Todo lo relacionado con nosotros, para ella, era lo mejor, y su carácter positivo fue un faro luminoso en nuestras vidas.

¡Dichosa yo, al haber tenido un par de madres excepcionales!

MI PADRE

De nada sirve tu luz,
si no es para alumbrar
el camino de los demás.

Anónimo

Yo sé, Dios, que es una frase muy manida: “Era un hombre adelantado a su tiempo”. Pero es que eso era mi padre. Nació en Minas de Riotinto, provincia de Huelva, al sur de España. Su familia era pobre, si no es que miserable. Fue el primero de nueve hijos, de los cuales sobrevivieron sólo seis. Asistió a la escuela únicamente por tres años, pero su ansia de conocimiento fue siempre insaciable. Contaba mi abuela que cuando lo enviaba al estanco a comprar cualquier cosa, no regresaba a casa hasta que había leído todo lo escrito en el cucurucho de periódico con el que envolvían la mercancía.

Eso se debía, según la creencia de mi abuela, a que había nacido con “gracia”, o sea que era un niño agraciado por Dios. La tal gracia consistía en que al nacer ya contaba con dos dientes y “con signos en la lengua”, y desde luego, para las supersticiones de la época, eso únicamente podía significar que el niño tenía un don, así es que cuando alguna persona del pequeño pueblo se enfermaba, llevaban al crío a imponerle las manos para que sanara. Lógicamente, cuando mi padre me contaba esas historias, yo me desternillaba de la risa.

El hecho de tener ese don no lo salvó de una desnutrición grave, pues mi abuela siguió amamantándolo hasta pasados los dos años,

a pesar de estar nuevamente embarazada. El caso es que se puso tan malito que, según las costumbres del pueblo, pasó un buen tiempo con “la mortaja a los pies de la cama”, como contaba mi abuela Esperanza con su ceceo andaluz. Un buen día llegó a la nariz de mi papá el olor de los chorizos que estaban preparando en casa de un vecino. Llorando y en su media lengua, le pidió a su madre un poco del aromático manjar y ella, desesperada, le dio a comer un buen pedazo, diciéndole: “Si te has de morir, muérete jarto”. ¡Santo remedio! Lo único que tenía el pobrecillo era hambre...

A los siete años ya contribuía a la economía familiar vendiendo gambas por las calles, con una bandeja sobre la cabeza. Su padre, mi abuelo, nunca fue muy trabajador, o si lo era, se le iban las pocas pesetas que ganaba en jugar y andar de farra con los amigos. Para su desgracia, en una ocasión le tocó un premio de la lotería y eso lo volvió loco, pues pensó que tenía la vida arreglada. Lo único que sucedió es que, al terminarse ese dinero ganado tan fácilmente, se endeudó con medio pueblo, pues quería seguir dándose aires de rico. Como consecuencia de su desenfreno, la familia tuvo que salir por piernas de Riotinto, perseguidos por la Guardia Civil convocada por los acreedores. En ese tiempo la mayoría de los andaluces emigraba hacia Cataluña, donde se conseguían trabajos un poco mejor pagados y allá fueron a dar mis ancestros.

Barcelona los recibió, como todas las grandes ciudades, dándoles cabida en el cinturón de miseria que la rodeaba. Vivieron en *chabolas* con techo de cartón hasta que mi padre y mis tíos crecieron y empezaron a trabajar. Así mejoró la situación económica, pero nunca hubo abundancia, puesto que había muchas bocas que alimentar. Mi abuela Esperanza siempre fue una mujer trabajadora, luchona y muy cariñosa con sus hijos, quienes la defendían de los abusos de mi abuelo José. Ella, a la moda de la época y fiel al mandato transgeneracional, soportaba todo porque “ése era el deber de las esposas”.

Supongo que el vivir todas esas circunstancias, aunado al afán de superación que siempre animó a mi padre, lo hizo trazarse un camino y un comportamiento totalmente diferentes a los de su progenitor. Sus ideales eran libertarios. Su respeto por las mujeres en general, por su madre y posteriormente por su compañera, era legendario entre sus amigos. Gracias a esa singularidad yo tuve la suerte de recibir una educación muy diferente a la de la mayoría de las chicas de mi generación.

La terrible guerra civil que estalló en España en 1936 tronchó la felicidad de millones de seres, y entre ellos la de mis padres y la de toda la familia. Fue debido a la hambruna, la falta de atención médica y el exceso de trabajo como mi madre contrajo la tuberculosis, enfermedad que hoy en día es relativamente fácil de vencer. En aquellos años, decir tuberculosis era una sentencia de muerte, casi tanto como hoy en día decir cáncer.

Así, tristemente, habiendo perdido la guerra, la salud y los pocos bienes que teníamos, fue como llegamos a México, este México bendito que nos abrió las puertas y el corazón y que nos recibió sin resabios, a pesar de lo mucho que tenían que reprocharles a los que llegaron de allende el mar cinco siglos atrás a conquistarlo. Pero ahora la situación era bien diferente... Como escribió Pedro Garfias, poeta español, a bordo del barco que lo traía como refugiado político:

Pueblo libre de México,
como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas,
y para siempre, ¡oh Vieja y Nueva España!

Ya al hablar de mi mamá Lola te he dicho, Dios, en qué circunstancias murieron ella y mi hermanita Orquídea, y cómo, al cabo de un par de años, mi padre rehízo su vida con mi mamá María. Te

comentaba que mi educación distó mucho de ser la que recibían la mayoría de mis contemporáneas. Uno de los recuerdos más entrañables de aquellos años de formación eran las sobremesas que disfrutábamos. Usualmente la charla consistía en comentar los acontecimientos que leíamos en los periódicos, pero lo que más me gustaba era discutir el contenido de algún libro.

Mi padre nunca me prohibió lectura alguna; simplemente, cuando él consideraba que el tema era algo difícil o inapropiado, lo leía primero para después orientarme por los vericuetos más escabrosos. Mi mamá, por lo general, lo que hacía era escucharnos embelesada, pues para ella los temas eran lo de menos, pero ver el interés y la pasión que nosotros compartíamos la llenaba de gozo.

Mi padre, que siempre había sido obrero de fábrica, en México trabajó en lo que pudo, desde repartidor de refrescos, taxista, chofer de camiones de carga o lo que se *terciara*. Después de un tiempo y de mucho ahorrar, entre los tres hermanos pusieron una pequeña tintorería, con el pomposo nombre de Atlas. Durante bastantes años la sociedad se mantuvo en un nivel más o menos aceptable, hasta que llegó el momento en que se disolvió y cada uno puso un pequeño negocio.

Siempre fuimos una piña en lo que toca a familia extendida. No hacíamos mucha vida de sociedad, pero lo que es todas las fiestas, vacaciones, penurias y alegrías las vivíamos juntos. Recuerdo como si fuera ayer que cada familia había conseguido comprar un coche (si se les puede llamar así a las carcachas que teníamos). En las vacaciones salíamos en caravana: mi padre y nosotras por delante, en medio mi tío Manuel con mi tía Nati y sus tres hijos, y a la retaguardia mi tío José con mi tía Vale y sus dos niños. Creo que no pasaban más de quince o veinte kilómetros sin que alguna de las tres carcachas sufriera un percance, ya sea un pinchazo o un calentamiento del motor. Pero, ¡cómo lo disfrutábamos!

En una ocasión íbamos a Ixtapan de la Sal, balneario de aguas termales sulfurosas, para que mi abuela Eus “tomara las

aguas”, porque padecía artritis. El coche de mi papá subía las cuestas empinadas de la mal llamada carretera a duras penas, como si fuera él quien padeciera de reumatismo. Mi abuela se reía de mi papá y de su “lujoso automóvil”. Al llegar a lo alto del camino y empezar la consecuente bajada, el coche parecía envalentonarse y corría con aires juveniles. Entonces mi papá le decía a mi abuela, “Vea, suegra, mire qué bien marcha el auto”, y ella, toda seria, le contestaba: “Claro, de bajada hasta la mierda resbala”.

El carácter de mi papá era muy enérgico, pero nunca le exigía a nadie algo que no estuviera él dispuesto a cumplir primero. Debido a su seriedad, mis primos le decían *el tío Coco* y le tenían un respeto desmedido, casi rayano en el miedo. Aunque yo no compartía ese puntillo de temor, sí me daba cuenta de que él era muy diferente a mis tíos, alegres y dicharacheros. A pesar de ser muy trabajadores, eran más despreocupados; lo que pasa es que mi papá siempre sintió la responsabilidad de ser el mayor y él, sin que nadie se lo exigiera, llevaba sobre sí una carga que en realidad no le correspondía.

A medida que iba yo creciendo, mi carácter se fue pareciendo al de él y, la verdad, me daba un poco de temor volverme intolerante. Pensaba yo, Dios, que si él a los cincuenta años era tan rígido, seguramente a los setenta no habría quién lo aguantara. Sin embargo, con el paso de los años se fue haciendo más comprensivo, más accesible. Se le dulcificó el carácter y, cuando murió, a los ochenta y cinco años, era muy diferente. Los años lo hicieron sabio, con la sabiduría que da no el estudio, sino la vida misma.

Desearía, Dios, que se me concediera la gracia de seguir envejeciendo sin ese afán de perfeccionismo, con rectitud, pero sin rigidez. Me percaté de que muchos de los que me rodean están tentados a llamarme *la abuela Coco*, o *la amiga Coco*, pues a pesar de que no me doy cuenta, en ocasiones estoy segura de que soy demasiado intolerante, principalmente con los que más quiero. Tratando de darles pautas para el futuro, me olvidé de que cada quien tiene

que vivir su propia vida a su manera y no como yo la quisiera para ellos. ¡Cielos! ¿Por qué siempre en la vejez tendemos a imitar lo que en la juventud más criticamos de nuestros padres?

Nunca me cansaré de darle las gracias a la vida, al destino o a Ti, por haberme dado un padre que no hubiera sido mejor de haberlo podido elegir. Junto con la vida me legó amor, comprensión, respeto y autoestima. ¡Dondequiera que estés, Juan Román López, fuiste, eres y serás siempre mi héroe!

MIS DOS PATRIAS

Patria no es sólo donde se nace, sino donde se *pace*...

Anónimo

ESPAÑA

La España que me vio nacer no era la España triunfante y avasalladora que conquistó hace cinco siglos la América. Ese imperio terminó estrepitosamente y poco a poco el reino poderoso y rico fue decayendo hasta terminar siendo, en el siglo pasado, una triste sombra de lo que había sido. El descontento político, las diferencias sociales, la falta de libertades y la miseria de las clases trabajadoras desembocaron en una guerra fratricida, tanto más cruenta cuanto que fue campo de ensayo de la Alemania nazi para lo que sería después la segunda Guerra Mundial.

Toda mi familia y el entorno en que se movía pertenecían a la clase obrera, razón por la cual durante la guerra civil militaron en el bando republicano, que era el que ofrecía alivio para su situación económica, política y de libertades. Poco puedo hablar por cuenta propia de cómo era nuestra vida, puesto que no era más que una pequeñina, pero sí puedo contar lo que escuché repetidamente de labios de mis familiares acerca de la situación que imperaba en el país.

La penuria venía de tiempo atrás y no hizo sino continuar en forma por demás aguda en la guerra, y peor aún, en la posguerra. El grupo que más resintió esa prolongada crisis fue principalmente

el proletariado, no obstante el campesinado también sufrió lo suyo. Recordemos que el fin del siglo XIX y principio del XX fue tiempo de revoluciones, de cambios políticos, de grandes pensadores con ideologías revolucionarias. A España llegaron esos ideales con algo de retraso, pero cuando sucedió, una efervescencia de grupos, de movimientos, de sindicatos y partidos brotó por todas partes y de manera más acusada en Asturias, Cataluña y Madrid.

Mi padre y toda la familia no fueron inmunes a esa pasión por el cambio, por tomar las riendas de su propia vida y por ser parte de un país que se moviera al ritmo que se movían otros en el mundo. Sobre todo mi papá, por ser el mayor, contagió su fiebre de ideales a sus hermanos menores. Por desgracia, todo no fue más que un sueño que se trocó en pesadilla al perderse la guerra. En ella no sólo perdimos los españoles, sino el mundo entero, porque el resto de las naciones permitió que Hitler ensayara su armamento para llevar a cabo su plan de dominio europeo.

Fueron tantos y tan diversos los motivos para sufrir esa pérdida... y los mismos republicanos no estuvieron exentos de culpa. Ese individualismo feroz que caracteriza al español hizo que en lugar de unirse contra el enemigo común, pelearan entre ellos por llevar la batuta. Pero, desde luego, era lógico que los fascistas ganaran, ya que contaban con un ejército disciplinado comandado por la plana mayor del mismo que encabezaba el golpe de Estado, y tenían, además, la ayuda militar y armamentista de la nación más belicosa de toda Europa: la Alemania de Hitler. El resto de las naciones europeas pagó caro su falta de compromiso con las fuerzas liberales de España que luchaban contra el fascismo. Unos cuantos meses después de presenciar la derrota de la República española, sintieron en carne propia el dolor que causó la devastación en sus principales ciudades, provocada por el ansia de expansionismo de Hitler y sus secuaces. ¡Dura fue la lección!

A pesar de haber pasado toda mi vida fuera de España, mis genes tiran con fuerza y siento lo español en la sangre. He ido de

visita en varias ocasiones, y la verdad es que muchas de sus costumbres, su música y su comida me encantan. Pero la vida me ha enseñado que así como tuve una madre biológica y una madre adoptiva, por mucho que quiera a la primera, la segunda es la que se ha ganado mi corazón. Lo mismo me sucede con mis dos patrias. La primera, España, me llama y me mueve por dentro, pero mi patria adoptiva, mi México querido, hace que con el solo hecho de oír su nombre se me hinche el pecho de orgullo. Estar en el extranjero y escuchar *México lindo y querido* es lo más parecido a experimentar inmediatamente un deseo ardiente de volver.

MÉXICO

Mi corta edad no me ayudaba a comprender lo trascendental del cambio que se había efectuado en la vida de toda mi familia. Lo principal de ese cambio fue indudablemente el fin anunciado de una guerra fratricida y desigual que había enviado al destierro a incontable número de compatriotas. A nosotros, por una de esas vueltas que da el destino, nos tocó un destierro que fue más bien un *trastierro*, porque la palabra más adecuada para nuestro caso es que fuimos *trasterrados*. Gracias al gran corazón y a la solidaridad de entrañables personajes fuimos trasplantados de una patria que nos veía partir con dolor, a otra prestada por de pronto, pero que con el tiempo se convertiría en propia y que nos recibía con amor.

No puedo seguir con esta charla, Dios, sin hablarte de los artífices de nuestra futura felicidad. Así como hubo gobiernos que le dieron la espalda a España en sus horas más negras, hubo otros que le abrieron los brazos para recibir a los hijos dolorosamente separados de su terruño. Rusia, Inglaterra, Argentina, Cuba, la misma Francia, Estados Unidos y sobre todo México, fueron esos países que se solidarizaron con la causa de los que salían derrotados a pesar de haber enarbolado los más altos ideales.

El México de los años treinta contaba en sus haberes personajes claves con almas grandes que trataron de paliar la desgracia de los migrantes (emigrantes para España, inmigrantes para México). Ningún español refugiado político que se precie puede olvidar la hombría de bien, la solidaridad y el apoyo recibidos de parte del presidente Lázaro Cárdenas, de doña Amalia Solórzano de Cárdenas y de manera muy directa y especial de don Gilberto Bosques y de su esposa María Luisa Manjarrez, así como del agregado consular, señor Gamboa.

Se dice que el embajador Bosques influyó de manera decisiva en la determinación del presidente Cárdenas para concretar con el gobierno francés el traslado de los refugiados a suelo mexicano. Gilberto Bosques Saldívar fue cónsul general de México en Francia de 1939 a 1944, y él, “respondiendo a su propia conciencia, ayudó desde su posición diplomática a huir de los regímenes franquista y nazi a refugiados españoles republicanos, judíos franceses, libaneses, socialistas, comunistas y otros perseguidos, quienes habían sido señalados para ser enviados a los centros de concentración, ofreciéndoles a todos ellos residencia y nacionalidad mexicana”.

Cuando París estaba a punto de ser tomada por los alemanes, Bosques decidió asentar el Consulado en Marsella, donde alquiló dos castillos, el de Reynarde y el de Montgrand, para convertirlos en centros de asilo mientras arreglaba su salida hacia México. Uno de los castillos fue habilitado para hombres (aproximadamente ochocientos cincuenta) y el otro para albergar a unas quinientas mujeres y niños. En esos castillos estuvo alojado durante más de dos años el que sería mi marido y su familia.

Después de rentar varios barcos para el éxodo de los refugiados hacia diversos países, provistos de visas mexicanas, los alemanes tomaron prisioneros a la familia Bosques y a los empleados del Consulado en pleno y fueron trasladados a un “hotel prisión” en Alemania, donde estuvieron confinados hasta abril de 1944, para

luego ser liberados y, por fin, regresar a su país, en medio del júbilo de sus compatriotas. En un periodo de dos años, bajo su auspicio, poco más de cuarenta mil visas fueron expedidas para quienes deseaban huir de la tiranía nazi.

Desgraciadamente, nadie es profeta en su tierra y esta historia es poco conocida por los mexicanos. Una de las más grandes lecciones de vida que nos dejó la familia Bosques y el personal del Consulado es que, aunque resulte difícil, es posible mantener la decencia frente a la maldad moral. El 4 de junio de 2003 el gobierno austriaco impuso a una de sus calles, en el Distrito 22 de Viena, el nombre de Paseo Gilberto Bosques. Los pocos que conocen su historia suelen llamarlo el “Schindler mexicano”. Y así como Schindler tuvo su lista de trabajadores judíos protegidos, Bosques tuvo sus visas a la libertad: “Las visas de Bosques” (fuente: <http://abigchild.files.wordpress.com/2011/01/gilberto-bosques-calle.jpg>).

Años antes, desde 1937, ya se había recibido en México un barco repleto de niños, unos huérfanos y otros a quienes sus padres querían proteger de los horrores de la guerra y mandar a lugar seguro, pretendiendo reunirse con ellos al finalizar la contienda. Conocidos como “Los Niños de Morelia”, ya que ahí se les acondicionó su residencia, fueron atendidos a instancias de la señora Amalia S. de Cárdenas, y la gran mayoría se quedó en tierras mexicanas, sin volver a ver a sus padres, pues la guerra se los había tragado.

¿Cómo puede una persona de bien no estar agradecida por tantas muestras de afecto, por tanta ayuda física y moral recibida, entre todo ello el bien máspreciado, el de la libertad? Por todo esto y por mis casi setenta y cinco años de vivir en México entre mexicanos, soy una compatriota más, con el plus de que a pesar de no haber nacido aquí, elegí ser mexicana por decisión y convencimiento propio. Nobleza obliga...

Todo lo acontecido en mi existencia hace que me considere una mujer sumamente afortunada. Así como perdí a mi madre y la

vida me premió con otra con mayor merecimiento aún de ostentar ese título, de la misma manera perdí mi patria y el destino me premió con otra que ocupa un lugar muy especial en mi corazón y que es la patria ya no adoptiva, sino verdadera de mis hijos y mis queridos nietos y demás descendientes.

Sirva este pequeño escrito como homenaje a mi México querido, este mi país adoptivo que, a pesar de ser el mismo, parece otro por lo mucho que ha avanzado. Me cuenta mi tía Vale, única sobreviviente de la generación de mi padre, que cuando ellos llegaron la ciudad de México era bastante provinciana y una gran parte de sus habitantes era semianalfabeta. A ella le llamaba la atención que muchos de ellos anduvieran descalzos y vistieran de forma bastante campirana. A toda mi familia le sedujo la forma de hablar tan suave, tan “cantadita”: “Pásele, güerita... ¿Qué va a llevar, chula?... Mérceme unas tunas, mi alma, tan regüenas”.

El México de nuestros días ocupa uno de los primeros lugares en cuanto a extensión, número de habitantes y belleza en sus construcciones. Siento un gran orgullo cuando me percató de que es la ciudad con mayor número de museos en el mundo. La cantidad de automóviles que circulan por sus amplias avenidas es impresionante y el rápido crecimiento que ha experimentado hace que las nuevas infraestructuras que se van construyendo queden obsoletas en poco tiempo. Bulle en sus calles una vida desbordante y lo único que tiene que ver con el México que conocimos hace ya setenta y cinco años es la calidad humana de sus habitantes.

Pero así como digo que me siento afortunada amando a mis dos patrias, hoy en día también sufro doblemente al constatar el lamentable estado en que ambas se encuentran. La crisis económica que agobia a casi todos los países del orbe, contagiados por un capitalismo sin freno y un consumismo desorbitado, también ha hecho mella en España y en México. Los gobiernos de ambos países no pueden o no quieren cambiar un sistema que está agotado, pues únicamente beneficia a las clases económicamente

pueriles. En España, el paro laboral ha llegado a extremos nunca antes vistos y, de nueva cuenta, ve cómo sus mejores jóvenes tienen que emigrar, buscando en otras latitudes las oportunidades que ahí se les niegan.

En México me duele ver a qué extremos completamente inhumanos conduce el crimen organizado, coludido muchas veces con quienes debían combatirlo. Los jóvenes se dejan llevar por el espejismo del dinero fácil y la corrupción hace presa de todas las esferas. Aquí también la juventud emigra hacia el espejismo del *american way of life*. La esperanza yace en un pueblo que ya ha aguantado demasiado y que tiene que aprender a elegir a sus gobernantes entre los hombres probos, que los hay. Y después de elegirlos, tiene que aprender a exigirles que cumplan con su deber, ni más ni menos.

MIS PRIMEROS AÑOS

A los niños no les llega la vida más que a los pies;
luego, cuando van creciendo, les va llegando a la sien.

Manuel Benítez Carrasco

De ahora en adelante, al referirme a María, únicamente diré mi madre, mi mamá. Lola, como la llamaban todos, fue mi madre biológica y conservo para ella la veneración que se le debe a una madre que lo dio todo por su hija, pero reconozco que el mejor regalo que me dio fue el de entregarme en brazos de María, a la que considero tanto o más madre que a la que me dio la vida.

¡Pobre madre mía! ¡Cuánto la hice sufrir! Al principio un poco influida por la idea de que no era mi madre, aunado todo ello a mi mala salud y rebeldía. Mi comportamiento era de rechazo, de negarme a comer, de negarme, en pocas palabras, a dejarme querer, a entregarme al amor que ella me ofrecía. Pero el tiempo, su ternura y perseverancia y las palabras de mi padre hicieron que poco a poco aprendiera a tolerarla primero y a amarla sin medida después, hasta el fin de sus días. Su amor y su sacrificio llegaron a tanto que se negó a tener hijos propios por miedo a transmitirles la enfermedad que había padecido, y porque se sentía tan plena teniéndome a mí como hija, que no necesitó gestar en su vientre ningún hijo más. Fue la mejor de las madres y la más consentidora y orgullosa de las abuelas; mis hijos veneran su memoria, al igual que yo.

Dios, cómo decirte que empezaba un nuevo capítulo de mi vida que me proporcionó al principio mucha amargura, tristeza y

rabia, sin saber a ciencia cierta por qué. A la vez, fui muy feliz, porque por primera vez encontré una amiguita, alguien que no era miembro de mi familia. Hasta ese momento había vivido en un círculo cerrado, donde los demás atravesaban una época muy difícil (ahora lo comprendo, pues entonces no tenía la capacidad para ello). Ese círculo estaba lleno de recuerdos, dolor, esperanza y no sé cuántas cosas más, que yo asimilaba sin llegar a dilucidarlas.

Que mi padre volviera a casarse y a salir del *ghetto* familiar, significó cambio de casa, de costumbres, de personas cercanas y, sobre todo, empezar a asistir al colegio y convivir con caras nuevas. Ello trajo a mi vida aires desconocidos, algunos de los cuales me encantaban y otros los odiaba. Algo malo habitaba en mi interior y me impulsaba a ser rebelde y contestona. No estaba conforme con nada y siempre llevaba la contraria, sobre todo a Eus. Tengo que decir que Eus era la madre de mi mamá, una mujer austera, ahorrativa, trabajadora y, según yo, de muy mala leche. Con ella desquitaba yo todo mi malhumor, mis recelos y una buena cantidad de mi propia mala leche.

La familia de mi mamá la componían sus padres, Eus y Fernando, y su hermana Aurora. Con el paso de los años me he enterado de lo mal que lo pasaron, tanto en la preguerra como durante la lucha. Fueron de los pocos españoles refugiados que llegaron a México sin la mente puesta en el regreso. Mi abuelo Fernando fue casi el único que aprovechó la oportunidad que daba el gobierno de adquirir la nacionalidad mexicana, antes aun de desembarcar del *Mexique*. Llevaba entre su documentación un carnet que lo acreditaba como Amigo de México y eso le valió para obtener la ciudadanía de inmediato. Tanto él como mi abuela decían que lo habían pasado tan mal en una patria que no los quería, que estaban ansiosos de probar suerte en esta otra que los acogía sin trámite alguno. El resto de los refugiados obtuvimos un visado (Forma R-2, o algo así), que acreditaba nuestro estatus de refugiados políticos.

Mis abuelos se dedicaron a trabajar con ahínco y a llevar una vida austera, pero sin carencias, gracias a los sabrosos embutidos que preparaban, como morcillas y chorizos, que tenían gran demanda entre sus compatriotas. Como eran frugales y ahorrativos, se hicieron de una casa que mi abuelo construyó con la ayuda de un albañil, haciendo mi padre las labores de fontanero y electricista. En ella nos instalamos cuando mis padres se casaron; ellos vivían en un par de habitaciones que construyeron encima del garaje, mientras yo lo hacía en la casa grande, con mis abuelos y mi tía Aurora.

Supongo que parte de mi enojo se debía a que me sentía “desterrada” de la compañía de mi papá (complejo edípico tardío, diría Freud) y, aunado a lo mal que me llevaba con mi abuela Eus, mi vida no era tan satisfactoria como cuando tenía a mi papá para mí sola. Yo, celosa de mi mamá, llamaba la atención de mi padre constantemente, enfermándome ya fuera de la garganta, del estómago o de cualquier dolor que se me ocurriera. Mi abuela Eus me apodaba *la Flor de la maravilla*, porque apenas me tocaban, languidecía. Cada hora de la comida se volvía una batalla campal, pues mi mamá trataba con toda su alma de que yo me alimentara bien, y yo, en cuanto volvía la cabeza, me deshacía de los alimentos que me preparaba. Recuerdo la vez que escuché a mi abuela decirle a mi mamá que mejor les echara mi comida a los perros, porque cuando menos ellos la agradecían, en cambio yo... ¡Dios! ¡Si supiéramos cuánto daño podemos hacerle a un niño con unas cuantas palabras despectivas! A raíz de estos hechos, me enfermé realmente.

Mi padre, preocupado por mi comportamiento, me invitó a su habitación llamándome por mi nombre, Camelia, en lugar de *Nena*, como siempre lo hacía, lo cual ya era un mal presagio. Cerró la puerta y, en forma enérgica, me hizo ver los dos lados de la moneda. El monólogo duró una eternidad; mientras él hablaba yo lloraba desconsoladamente. Me hizo entender el porqué de mis celos, me habló del sufrimiento de mi mamá y de la razón

por la que mi abuela Eus no me quería. Ese día empezó entre mi padre y yo una relación que habría de perdurar por el resto de nuestras vidas.

“Has de comprender –me dijo– que tu abuela quería para su hija, como cualquier madre lo haría, un hombre joven, con buen porvenir y sin problemas.” Comprendí que el “problema” era yo. “¿Cómo puedes pretender que te quiera si haces sufrir a su hija, la mayor parte de las veces por puro capricho? De ahora en adelante quiero que me prometas que antes de dar una mala contestación te vas a morder la lengua hasta que te duela; verás como eso te cura de tu falta de tacto con los demás. Trátala como te gustaría que ella te tratara a ti, verás como las cosas cambian.”

Sabias palabras las de mi padre. Me hizo comprender con cariño y con razonamientos que el resto de las personas no tienen la culpa de lo que sucede en nuestro interior. Sus palabras fueron un bálsamo para mi alma, pues me di cuenta de que me amaba por sobre todas las cosas, y que el hecho de no compartir el mismo espacio no significaba un rechazo. Me dio la seguridad que necesitaba para cambiar. Nunca más me tuvo que decir mi abuela, como acostumbraba hacerlo: “Has de quedar por encima, como la espuma”. Ella siguió siendo la mujer seria, austera y enérgica que siempre había sido, pero mi actitud hacia ella cambió paulatinamente y, por ende, también la de Eus hacia mí. Al final, Eus acabó siendo la abuela que yo siempre había soñado, llena de refranes, de sabiduría y algunas veces hasta de chispazos de ingenio y buen humor. Por cierto, una de mis referencias favoritas al hablar de ella es decir su nombre completo. Era de ascendencia vasca y se llamaba nada menos que Eustaquia Esturo Trabudua, nombre tan formidable como ella misma. Cuando con el paso de los años un baño de plata cubrió mi cabeza, decidí conservarlo así, en recuerdo de su hermosa cabellera completamente plateada.

La parte agradable de mi cambio de vida fue aprender a leer y descubrir el maravilloso mundo que encerraban los libros. En

aquel entonces casi ningún niño acudía al “jardín de niños”, cuando menos no aquéllos de pocas posibilidades pecuniarias. Pero mi padre suplió esa carencia enseñándome él mismo, y al ver el interés que yo demostraba por la lectura y escritura, se tejió entre nosotros otro lazo que duró toda la vida. Al cumplir los seis años entré a una modesta escuelita que una maestra retirada había acondicionado en el garaje de su casa como salón de clase. Seríamos aproximadamente unas dos docenas de alumnos, eso sí, desde primero hasta sexto de primaria. La profesora nos dividió en dos grupos, uno del primero al tercero y otro del cuarto al sexto. La mitad de la clase la dedicaba a los pequeños y la segunda mitad a los mayores. Yo procuraba terminar mis deberes pronto, para poder pescar algo de lo que les estaba enseñando a los mayores.

Cuando mi salud se fortaleció un poco, empecé una nueva aventura, pues acudí al Colegio Madrid, una institución que el gobierno republicano en el exilio había fundado para los hijos de los emigrados. Ahí teníamos un autobús que nos recogía en la esquina del hogar y nos dejaba en la misma esquina después de haber recibido alimento, tanto intelectual como material, para fortalecer nuestros raquíuticos cuerpos. ¡Cuánto se había ensanchado mi mundo! Pero, a pesar de todo, seguía siendo una niña introvertida, poco amiga de entablar relaciones y más interesada en los libros, los estudios y la música que en jugar o chismorrear con mis compañeras de colegio.

GELA

El tiempo y las amigas son el mejor
bálsamo para un corazón herido...

Anónimo

Sólo una persona me sacaba de esa especie de enconchamiento en que me sumía mi carácter taciturno: Gela, mi vecina de enfrente. ¿No te había hablado de ella, Dios? Pero estoy segura de que ya conocías nuestra relación, pues fue a través de ella como empecé a conocer su concepto de Ti, y fue a través de ella como el gusanito de la fe empezó a traspasar mi caparazón. ¿Puede algo pecaminoso, como la envidia, llevarnos a Ti, Dios? Porque eso es lo que yo sentía cuando veía la luz que se encendía en sus ojos al hablarme de Ti, cuando veía su inocencia innata, su fe incondicional, su alegría desbordante y su bondad y transparencia.

Únicamente a su lado mi alma se abría como una rosa en primavera, y reía y jugaba como cualquier otra niña normal. Sólo a su lado mi corazón abandonaba el ansia de conocimiento que me quemaba y me dedicaba a vivir, vivir simple y sencillamente, cual debe hacerlo cualquier criatura. A pesar de venir de ambientes tan disímiles y de ser diferentes incluso en lo físico, nos entendíamos a las mil maravillas. Inventábamos juegos, historias, aventuras. Desde muy temprano en la mañana, antes de que pasaran nuestros respectivos autobuses escolares a recogerlos, salíamos a la calle (el México de entonces no pasaba de ser una ciudad provinciana), con nuestras raquetas de bádmin-ton. La última en

marchar al colegio guardaba los bártulos de juego hasta la siguiente jornada.

Su familia estaba formada por sus padres, siete hermanos y dos tías solteras que vivían con ellos. Eran hacendados, productores en gran escala de pulque y tenían una situación si no millonaria, sí bastante acomodada. Vivían en una casa enorme, estilo colonial mexicano, contaban con la ayuda de dos sirvientas, jardinero y chofer, además de un coche magnífico, nada menos que un Mercedes Benz. Gela y sus hermanos iban al Colegio Francés Pasteur. En fin, como podrás ver, nuestros ambientes sí eran diferentes. Además pertenecían al México campirano, con costumbres muy tradicionales, católicos de hueso colorado y chapados a la antigua.

En su casa poco faltaba para que se nos adjudicara el mote de comunistas, ateos, comecuras y demás lindezas por el estilo, pues don Fernando, su papá, era admirador de “Don Francisco Franco Bahamonde, Salvador de la Patria por la Gracia de Dios”, título que el mismo Franco se había adjudicado, y que “había acabado con los rojos y había instaurado un gobierno aliado incondicional de la Santa Iglesia católica apostólica y romana”. Sin embargo, las dos familias, sin más relación que la de vecinos atentos, veían con buenos ojos la amistad que llevábamos Gela y yo.

A mi mamá la asustaba un poco ver la cantidad de hijos que habían procreado los González: nada menos que seis hombres y dos mujeres, cuando en Europa ya no se acostumbraba tener familias tan numerosas. Gela era una linda niña, más alta y corpulenta que yo, chapeada, con largas trenzas y buen apetito, mientras que yo era enclenque, de color cetrino y poco agraciada. A pesar de su vivacidad y de mi falta de entusiasmo, congeniábamos a las mil maravillas. Casi siempre yo era el cerebro de nuestras travesuras y ella la protagonista audaz de ellas.

Mi madre se la pasaba preguntándole a doña Leonor, la mamá de Gela, qué les daba de comer a sus hijos que estaban tan sanotes, y la señora le daba una respuesta que no la dejaba demasiado

convencida: “Frijoles y pulque, Mariquita; frijoles y pulque, no hay nada mejor”. Mi mamá pasaba por lo de los frijoles, sin embargo nunca llegó a la segunda parte de la receta, cosa que no hizo falta, puesto que yo aprendí a tomarlo en casa de mi amiga. Me gustaba principalmente el curado de guayaba.

Sentarme a comer a la mesa de los González era para mí una gozada y un suplicio a la vez. La cocinera preparaba unos platos de lo más exóticos, según yo, y ver a don Fernando llegar a la mesa con enormes bolsas de bolillos y de pan de dulce me hacían la boca agua. En mi casa aún teníamos la costumbre de los tiempos de guerra, comer el pan del día anterior, porque así no se acababa tan pronto. Lo difícil era aguantar a los seis endemoniados hermanitos de Gela, pues no cesaban de burlarse de mí por como hablaba, les hacía gracia que me “pisara” la lengua. Me llamaba poderosamente la atención cómo podían dar gracias por los alimentos con tanta devoción y acto seguido comportarse como diablillos.

Gela y yo disfrutamos nuestra niñez en plenitud. Entrábamos a saco al ropero de doña Leonor y nos disfrazábamos con sus sombreros, pieles, bolsos y demás, y después salíamos a la calle taco-neando alegremente mientras paseábamos a nuestros “bebés” en sus cochecitos. Ese goce nos duró hasta nuestra adolescencia, pues ya con dieciocho años y con novio seguíamos jugando con muñecas y soñando con príncipes azules que nos raptaban en caballos blancos, y era tan ingenua nuestra amistad que nunca nos peleábamos por el príncipe.

No hace mucho recordábamos nuestra última travesura infantil: invitamos a nuestros novios a una merienda organizada con motivo del bautizo de nuestros últimos muñecos, locura en la que nos ayudó su hermana Tere, haciendo pastelitos, bizcochitos y bocadillos como si de jugar a la casita se tratara. Hasta nuestros padres participaron en el convivio.

Cuando iba a cumplir quince años, sucedió la gran tragedia: nos cambiamos de casa. La nueva casa que había construido mi abuelo

estaba únicamente a siete cuadras de la anterior, pero a nosotras se nos hacía una distancia casi insalvable, tan acostumbradas como estábamos a vivir separadas tan sólo por una callecita estrecha. A esto hay que añadirle que mi madre y mi tía Vale, cuñada de mi papá, estaban empeñadas en hacerme la tradicional fiesta de quince años, con vestido largo, chambelanes, vals y toda esa sarta de ceremonias que a nosotras nos parecían ridículas (jugar con muñecas era lo normal). Por más que traté de disuadir a las mujeres de mi casa de que yo no quería baile ni nada por el estilo, pudo más la fuerza de persuasión que ejercieron sobre mi padre, al cual, por cierto, también le sonaba a pretensiones burguesas de mal gusto.

No hubo más remedio que someterse a ensayos de vals, a elegir damas y chambelanes, a probarse una y otra vez vestidos vaporosos y todo lo que acompaña dichos festejos. Nunca me sentí más ridícula que aquella noche en la cual era el centro de atención de todos. Aparte, no sabía ni me gustaba bailar. Ni qué decir tiene que Gela fue más valiente e inteligente que yo. Para evitar asistir a mi “degradación” y para no tener que sufrir la propia tres meses después, se rapó. ¿No te encanta, Dios, esa decisión que tomó? Ella, siempre tan propia y tan obediente, tuvo el suficiente coraje como para hacer algo que no tuvo vuelta de hoja. Desde luego, no fue a mis quince años ni le hicieron fiesta a ella tampoco.

En el momento, me tomó por sorpresa su decisión, ya que no la comentó ni siquiera conmigo. Me sentí un poco traicionada por su deslealtad. Con los años he comprendido que el habernos separado, aunque sólo fuera por siete cuadras, le prestó el valor para actuar por su cuenta, sin esperar que yo le dijera qué hacer. En nuestro futuro la vida nos separó por distancias mucho mayores, y la tímida muchachita que había sido, tuvo que crecer interiormente hasta alturas insospechadas y tomar decisiones de mucha trascendencia, así es que tengo que estar de acuerdo con la conseja general de que Dios nunca se equivoca, ya que esa primera y pequeña separación fue el ensayo para que ella dejara de depender

de mi dominio y aprendiera a tomar las riendas de su vida en un futuro no demasiado lejano.

Dios, con algo de bochorno tengo que confesarte que yo era bastante insoportable. Me había convertido en un ratón de biblioteca cuyos únicos intereses eran la lectura, la ópera, el ballet y cosas por el estilo. Me negaba a participar en actividades propias de mi edad; en fin, me convertí en lo que ahora les ha dado en llamar una *nerd*. Ya había tomado una decisión acerca de mi vida, y la había tomado muy en serio: no tendría novio hasta los dieciocho años y con ese mismo novio me casaría a los veintiuno. Todos se reían de mí, sobre todo mi tía Vale, que me decía que cuando me picara el gusanito del amor, no me importaría la edad ni ninguna otra sandez de las que peroraba.

Gela, siguiendo mi teoría, dijo que ella haría lo mismo. Pero a ella le picó el gusanito del amor un poco antes que a mí y aunque me caía bien su novio, me sentí, una vez más, desplazada. Poco después conocí al que sería mi marido y, como los muchachos hicieron buenas migas, la cosa se arregló y todo iba miel sobre hojuelas. Lamentablemente, el novio de ella la dejó por otra, y a Juan y a mí se nos llegó la fecha de la boda. Para mi amiga fue devastador perder al mismo tiempo a su novio, del que estaba muy enamorada, y a su amiga, que se casaba y se marchaba a vivir al otro extremo del país, en la frontera norte: Chihuahua.

¿De qué manera interviniste, Dios, para hacer que este estado de la República fuera un hito tan importante en mi camino? Mi familia vino a parar a Chihuahua recién desembarcados del exilio, sin saber ni qué quería decir ese nombre tan raro para ellos; el primer miembro de mi familia mexicana nació ahí; cuando terminé mis estudios, mi tesis fue sobre los indígenas tarahumaras que habitan estas tierras; cuando me casé, el primer y último trabajo de mi marido nos trajo hasta aquí; aquí parí a mis hijos y, en fin, aquí también han quedado las cenizas de mi amado Juan y espero que en un plazo no muy lejano reposen las mías mezcladas con las de

él. Por eso te pregunto, Dios, ¿qué he hecho bien en mi vida para que me premiaras con esta bendición?

Conjeturo que algo tuvo que ver en esa decisión tuya el que mi carácter sea, en cierta medida, parecido al del chihuahuense nato. Entre las pocas virtudes que tengo, se encuentra la de ser sincera, directa y perseverante, difícilmente me disuaden de desviarme del camino trazado. Soy una mujer que demuestra el amor con hechos, no con carantoñas. Me gusta llamar al pan, pan y al vino, vino. Me crezco ante las adversidades. Ahora bien, todo esto que he señalado como cualidades, a veces se convierten en defectos, pues puedo ser directa hasta la falta de tacto; suelo ser fachendosa, como lo son muchos chihuahuenses; a veces llevo la perseverancia hasta la terquedad y no me bajo fácilmente de mi mula. Mis hijos, sobre todo mi hija, se quejan de que no sé expresar mi amor con mimos y abrazos, sino más bien con consejos, con mi preocupación por su bienestar y con mi afán de atiborrarlos de las comidas que sé que les gustan.

Mi vida ha transcurrido de manera más o menos normal, en una misma ciudad, mi Cuauhtémoc amado, con tres cambios de casa. Dos de las casas las proporcionó el trabajo de mi esposo, y en la que vivo actualmente, de nuestra propiedad, fue construida en la huerta, que era nuestro sueño dorado y que él disfrutó muy poco tiempo. Entre tanto, Gela ha vivido en cuatro o cinco estados, además de la capital, y se ha cambiado veintiséis veces de casa. Parece broma, ¿verdad?, pero es realidad. Yo la llamo mi pequeña católica errante y, entre bromas y veras, le digo que me da miedo cada vez que hablamos por teléfono, porque seguramente ya tiene un nuevo cambio, ya sea de casa o de planes.

Su vida, que yo imaginaba apacible y tranquila como ella, ha sufrido una cantidad increíble de altos y bajos; parece el diagrama de alguien que sufre fiebres intermitentes. Su gran fe en Ti, Señor, la ha tornado en una mujer con apariencia de inseguridad y debilidad, pero no cabe duda de que las apariencias engañan. Asida

firmemente a su confianza en Ti y dotada de una gran capacidad para el trabajo, ha sabido enfrentar tempestades, carencias y contrariedades que hubieran asustado al más pintado. Nuestra amistad o, más bien dicho, hermandad, está a punto de cumplir setenta años. Dime Tú, Señor, si no soy afortunada.

JUAN

¡El amor es una cosa esplendorosa!

Canción popular

Conocí a mi propio Juan, que no “Juanete”, en la fiesta de graduación de una escuela americana a la que asistían 90% de alumnas mexicanas, donde estudiaba mi carrera de Secretaria Ejecutiva Bilingüe. Él, a su vez, estudiaba en el Poli, donde 99% del alumnado también era mexicano. Sus amistades, al igual que las mías, eran mexicanas. Sin buscarlo y sin siquiera desearlo, nos sentimos atraídos, siendo los dos refugiados españoles. “Matrimonio y mortaja, del cielo bajan”, reza un proverbio popular. Nada más cierto en nuestro caso.

Nuestro primer encuentro fue en el mes de junio, en la preparación del baile de graduación de la generación que terminaba, que no era la mía, pero en la cual interveníamos las pregraduadas haciendo una especie de valla de honor a las que acababan su formación académica. La cosa estuvo como sigue. Quiero que conste en actas para bien de mi reputación. Hijos, yo sé que su padre siempre dijo que yo lo había seducido, puesto que lo había invitado a bailar, en lugar de que fuera al contrario, según las reglas de cortejo de la época. “Mea culpa”, confieso, es totalmente cierto. Su madre fue una descocada, pero esperen a escuchar la totalidad de la historia.

Como ya había anticipado, yo no era una chica precisamente popular entre los jóvenes, no tenía novio ni pretendientes. Para

dicho baile se me presentaba un problema: no disponía de un chambelán. Una de mis condiscípulas, muy bella y muy popular, con la cual llevaba una relación amistosa, me dijo que no había problema, que ella me podía “prestar” un chambelán. Como buena adolescente, su “magnanimidad” teñida de vanidad me cayó como patada de mula en ayunas y, muy digna, le dije que no, gracias, que yo tenía al mejor chambelán del mundo, o sea, mi papá. En medio de risas otra compañera, que acababa de terminar su relación con el novio, dijo que no era tan quisquillosa, que se lo prestara a ella. De más está decir que el que andaba, sin saberlo, pasando de mano en mano era Juan.

Resulta que mi amiga la presumida y él habían sido compañeros de viaje en el barco que los trasladó a México, que por cierto traía el último grupo de refugiados, en 1942. Incluso habían compartido litera, cosa que Juan siempre le echaba en cara al novio de la amiga. Siempre que salía a cuento, le decía que ellos ya habían dormido juntos –claro que tenían seis u ocho años–, pero eso no lo aclaraba. Para no hacer el cuento más largo, nos vimos unas cuantas veces en los ensayos y él me parecía un chico simpático; sin embargo, iba a ser pareja de mi amiga, la que declaraba no ser quisquillosa. La noche del baile nos sentamos varias familias en una mesa larga, y la mamá de Felisa –mi amiga la guapa– le dijo a Juan que por qué no invitaba a otra chica, amiga de todos, que no había bailado en toda la noche. A Juan se le hizo la cosa más normal y así lo hizo.

Tremendo error. Su “pareja” oficial se sintió altamente ofendida por la grosería cometida por su chambelán y, en medio de lágrimas, se fue al gabinete de señoras a llorar su desventura. Yo, como buena amiga, quise mediar en el conflicto y eché mano de mis buenos oficios para cabildear en situaciones de crisis. Saqué a bailar a Juan para explicarle que no tenía que tomar en cuenta el berrinche de su pareja, que era una buena chica, pero que estaba pasando por un mal momento y bla, bla, bla. Os lo juro,

en verdad no llevaba otra intención que disculpar a mi amiga, la que no era quisquillosa, ante los ojos de un posible galán. Claro, no puedo negar que Juan me parecía un muchacho muy agradable y atractivo, pero mi intervención no tuvo segundas intenciones. O, cuando menos, eso me digo a mí misma. A Juan le simpatizó que yo defendiera a mi amiga neurótica... Y ahí empezó nuestra relación, primero de amistad y después, el 20 de agosto de 1955, a los veinte días de haber cumplido mis dieciocho años, de noviazgo.

Como puedes ver, Dios, yo seguía hasta ese momento el guión que me había trazado. Por cierto, me parece importante explicar cómo me pidió que fuéramos novios. Juan nunca tuvo mucha facilidad para expresar lo que sentía y usualmente cambiaba los términos y se le cruzaban los cables. Quiero suponer que eso fue lo que le pasó cuando se decidió a pedirme que fuéramos novios. La situación era muy tensa, porque yo ya sabía de antemano el lugar y la hora en que se me iba a declarar. Él se lo había comunicado a su amigo, el novio de Felisa y ella a su vez me lo había dicho a mí.

El caso es que se llegó el momento de la verdad. El acontecimiento sería en un baile al que asistiríamos nosotros junto con nuestras familias. Pasaba el tiempo, bailábamos una tanda, empezaba otra, salíamos al balcón y nada... Después de varias tandas, te aseguro, Dios, que ya tenía los nervios de punta y sentía la necesidad de agarrarlo de las solapas y decirle: "¡Te decides o no!" Por fin, después del consabido carraspeo, me la soltó, pero nunca me imaginé lo que me iba a decir. Tartamudeando me dijo que yo le gustaba mucho y quería que fuéramos novios, porque se había dado cuenta de que yo era muy "tontita"... Notó que había metido la pata cuando vio la cara de extrañeza que puse. Entonces quiso corregir su error, y me dijo: "¡Bueno, tontita en el buen sentido de la palabra!" Total, acabé por entender que quería decir buena, seria, y no una loquilla cualquiera. Después de haber ensayado una respuesta clásica, como déjame pensarlo, me tomaste

de sorpresa, mañana te decido... ¡me faltó tiempo para darle el Sí!, que salió de mi ronco pecho a borbotones.

Diez días después se presentó muy ceremoniosamente en mi casa a solicitar la venia de mi padre, pues el nuestro fue un noviazgo tradicional, con permiso de los papás, prohibición expresa de mi padre de llegar después de las ocho de la noche y advertencia al jovenzuelo que a mí me tenía toda la confianza del mundo, pero que él tendría que ganársela con hechos. ¡Y bien que se la ganó!

Él era mi antítesis. Bromista, juguetón, buen carácter, amiguelero y amante del baile. Bien dicen que los polos opuestos se atraen. A pesar de nuestros caracteres tan diferentes, en lo esencial siempre estábamos de acuerdo. En lo que coincidíamos era en el amor a la justicia, el aprecio por la música clásica y el bel canto. Jugaba fútbol *soccer*, como en mi familia todos los varones, empezando por mi padre, lo habían practicado, yo sabía que los domingos en la tarde tendría que dedicarlos a curar su amor propio herido por una derrota o sus espinillas heridas por un encontronazo con su adversario. Jugaba en posición de defensa y lo siguió haciendo durante muchos años, hasta que se rompió el tendón de Aquiles, lo que ameritó una cirugía de emergencia y tuvo que dejar el deporte. Aún así, de vez en cuando arbitraba algún partido.

Mi tía Vale, que vivía en la planta baja de nuestra casa, le tenía pavor, porque siempre era blanco de sus travesuras. Dice que una noche soñó que todos los muebles de su casa estaban en el patio y que Juan, con una manguera, los regaba para que crecieran. Eso fue un sueño, pero cada vez se encontraba los cuadros de cabeza, los calcetines recién recolectados del tendedero en la nevera y lindezas por el estilo. Pero lo quería de verdad. En realidad, se ganó el cariño de toda mi familia y no sé de un solo miembro de ella que no se entendiera a las mil maravillas con él.

Siempre estuvimos de acuerdo en que, una vez casados, al primer hijo varón que tuviéramos le llamaríamos Juan José, en honor de los dos abuelos. También estuvimos de acuerdo en ubicar

nuestro hogar en alguna ciudad fuera del Distrito Federal, pues yo, por ser hija única, decía él que estaba muy “chiqueada” —ni te lo creas, Dios— y él reconocía que su familia era muy posesiva. Por cierto, no he hablado de mi familia política. Doña Luisa, don Pepe, Pepe y Luisa, amén de Juan, eran el núcleo familiar. En un departamento contiguo vivían la tía María, hermana de mi suegra, y su hijo Tomás, más o menos de mi edad.

Don Pepe, o el abuelo Pepillo, como cariñosamente le llamábamos en familia, era un hombre bonachón, socialista, amigo de la buena mesa, de vida confortable aunque sin lujos, oriundo de Ceuta, una colonia española en el norte de África, de donde le venía el sobrenombre de *el Moro*, como lo conocían los amigos. Hablaba muy de prisa, con marcado acento andaluz y entremezclando dos o tres *tacos* —léase palabrotas— por cada una normal, pero lo hacía con tal naturalidad y gracia que mucha gente no se daba cuenta de sus exabruptos, amén de que tampoco ayudaba mucho la velocidad y el ceceo. En su juventud había jugado fútbol con el equipo Real Madrid, lo que le daba gran prestigio entre la chavalada.

Alto, corpulento, rubicundo y con una nariz que inspiraba respeto —parecida a una alcachofa—, de joven había sido algo mujeriego y conquistador, lo que su mujer le hacía pagar con el trato despótico a que lo sometía ya en su vejez, sin que él dijese ni mu. Era un técnico automotriz muy capacitado y al que le tenían mucho aprecio por sus conocimientos, pues trabajaba como los buenos. Pero eso sí, al llegar a casa, a eso de las cinco de la tarde, se ponía su pijama, se repantingaba en su sillón reposet y de ahí no lo movía nadie hasta la hora de cenar, escuchar las noticias e irse a la cama.

Doña Luisa era otro cantar. Había nacido en Ávila, pero hasta emigrar a México vivió siempre en Madrid. Era muy guapa, ojos grandes y saltones, aspecto muy españolado, simpática, de armas tomar, enérgica y entregada completamente a su familia.

Acostumbrada a una vida bastante cómoda mientras vivió en España, la pasó bastante mal en el exilio en Francia, donde permaneció del 39 al 42, en un campo de refugiados, cuando ya los alemanes ocupaban el país. Por suerte, la familia no fue separada, pues en Marsella, donde se encontraban, había dos castillos –Reynarde y Montgrande– que, como anteriormente lo mencioné, se destinaron para campos de refugiados, uno para albergar a las mujeres y niños y el otro a los hombres. Ella, ni corta ni perezosa, dijo que era cocinera y eso le dio acceso a la cocina y ocasión de alimentar a su familia y amigos con más o menos holgura.

Mis cuñados Pepe y Luisa y mi marido, al estar en el estatus de protección del gobierno mexicano, tenían la prerrogativa de asistir a la escuela donde aprendieron algo de francés. En la niñez siempre se encuentran circunstancias para jugar y atenuar lo amargo de la situación, así es que lo compensaban con el deporte y una que otra travesura. Una vez Juan y otros amigos que tenían hambre, sobre todo de diversión, se metieron a robar fruta a un huerto, pero fueron sorprendidos y apresados, y tuvieron que pasar la noche en la comisaría. En broma, le decía que de haber sabido que tenía antecedentes penales, no me habría casado con él, pero el muy listo me lo contó cuando ya éramos marido y mujer, por lo tanto ya no había remedio. Acordándome de ese hecho, una tarde que me pegó duro la *morriña* –hace unos cuantos meses–, escribí el siguiente minirrelato:

EL FRUTO ROBADO

La tarde pardeaba cuando Juanito iba de camino a casa. En el sendero se encontró con sus compañeros de correrías, quienes lo invitaron a hacer una de las suyas. Le propusieron robarse unas manzanas del huerto cercano. Aceptó y, furtivamente, ayudándose unos a otros, se treparon a la barda y se dirigieron hacia el manzano, que ostentaba en forma apetitosa sus sabrosos frutos. Juanito tomó una manzana

y emprendió la huida. Al hincarle el diente, sintió la mano del dueño de la finca sobre su hombro...

Debut y despedida. Ése fue el fin de su carrera delictiva.

La familia Sacristán Laguna vino a México en el último barco que transportaba asilados políticos. Tan es así que a la mitad del océano Atlántico, México le declaró la guerra a Alemania. Mi suegra –con la chispa que tenía– exclamó: “¡Joder, ya se podía haber esperado el presidente mexicano quince días más!”, pues vivieron el resto del trayecto con la zozobra de ser blanco de ataques de submarinos alemanes a su barco, el *Sinaia*. En cuanto llegaron a Veracruz, se trasladaron a la ciudad de México y se instalaron en un ruinoso edificio de departamentos en pleno centro histórico, que de milagro sobrevivió al terremoto del 85, y donde habitaron por más de veinte años. Su casa estaba en el tercer piso, y mi suegro era tan puntual que cuando las vecinas lo escuchaban subiendo las escaleras, emitían la señal de alarma: “¡Ahí viene don Pepe!”, y empezaban presurosas a preparar la comida, pues él acostumbraba llegar siempre a las doce y media en punto a comer.

Los hermanos de Juan fueron muy guapos, sobre todo Luisa, que fue reina de la UNAM. Los tres muchachos terminaron sus carreras: Pepe y Juan, de ingenieros mecánicos electricistas, y Luisa de psicóloga. Sus vidas empezaron bien, pero terminaron de manera trágica, sobre todo la de Pepe, quien sufrió quemaduras en 60% de su cuerpo a causa de un incendio en Pemex, donde trabajaba. Cuando apenas se estaba recuperando, el helicóptero en que viajaba con otros ingenieros que revisaban las líneas de oleoductos, se desplomó y murió en el accidente. Tenía únicamente treinta y cinco años.

Luisa se casó con un médico prominente, tuvo cinco hijos y fueron muy felices hasta que su matrimonio fracasó, tras veinticinco años, por causas que no vienen al caso. Después ella vivió con amargura y sin encontrar la paz hasta los últimos años de su vida.

Me dio mucha pena, porque nunca pudo superar el drama de su divorcio y ello la llevó a enemistarse con la vida misma. Con el paso de los años, pudo sobreponerse y dedicarse a sus hijos y nietos, y viajó a España, donde tenía familia que la quería mucho.

Yo tuve la satisfacción de ser siempre querida por mis suegros y me tocó en suerte asistirlos en sus últimos momentos. Los dos murieron en mis brazos. Así es que, por el lado Sacristán, los únicos que perpetúan el apellido son los hijos varones que tuvimos Juan y yo, y de parte de ellos cinco nietos y un bisnieto que continúan el árbol genealógico.

Pero Dios, por hablarte de mi familia política perdí el hilo del *leitmotiv* de esta parte de mi vida, el amor. El nuestro no fue un enamoramiento a primera vista, sino que se fue dando a partir de una simpatía y un compartir intereses y, poco a poco, de manera casi insidiosa, empezamos a sentir la necesidad de vernos, el aleteo de mariposas en el estómago, la atracción física y la pasión que desborda en caricias y besos.

Creo que todo ese camino que tuvo que recorrer hasta alcanzar su culminación la noche de nuestro matrimonio fue lo que lo hizo firme y duradero, porque a pesar de que había magia y romanticismo en nuestro amor, también hubo tiempo para conocernos y aceptarnos así, tal como éramos, sin que nos cegara el flechazo de Cupido. Todavía sigo sintiendo ese mismo aleteo de mariposas en el estómago cada vez que percibo la fragancia de la colonia Old Spice, pues me parece que detrás de ese aroma aparecerá él. Pero nuestro amor no se redujo nunca a lo físico ni a lo romántico, sino a nuestra mutua aceptación plena del otro, sin tratar de quitarle ni ponerle ningún atributo que no le correspondía.

Quizá nuestras únicas discusiones eran por su afán de fumar y tomarse alguna copita, así como ser tan confiado con la gente, lo que ocasionó que muchas veces abusaran de él. Cuando le supliqué que cambiara, me contestó sabiamente: “Bien, puedo cambiar si tú me lo pides. Pero si lo hago, cambiaré todo yo, porque

eso que te disgusta es parte de mi personalidad. ¿Estás dispuesta a aceptar al nuevo Juan que inevitablemente seré?” Lo abracé y le prometí no volver a intentar que cambiara, porque él era el objeto de mi amor así, con todo y los negritos del arroz. De igual manera me aceptó él a mí, con mi carácter dominante y mi falta de sentido del humor.

MATRIMONIO Y MATERNIDAD

El plazo del amor es un instante,
y hay que hacerlo durar como un milagro.

Mario Benedetti

Tal como lo habíamos planeado, al terminar su carrera Juan consiguió trabajo en Chihuahua, y aun cuando nos parecía lejísimos, la idea era que después de casados e instalados aquí, duraríamos un par de años, hasta acomodarnos a la vida de matrimonio y haber afianzado nuestro amor. El plan era regresar al Distrito Federal —ya con la madurez suficiente como para no dejar que las familias intervinieran en nuestras vidas—. Nuestro noviazgo se consolidó en la distancia, por un largo tiempo sin vernos —un año y siete meses—, que me pareció una eternidad. Él cumplió su promesa, regresó a la ciudad de México y por fin nos unimos en matrimonio.

Nuestros padres estaban contentos por nosotros, pero desolados por la lejanía que nos separaría, pues en aquel entonces viajar en avión era incosteable —todavía—, el autobús era una chatarra que hacía veintiséis horas de camino traqueteante, y el tren —sí, entonces había trenes de pasajeros, relativamente cómodos—, también traqueteante aunque el sonsonete era diferente, hacía treinta y seis horas.

Como anécdota simpática diré que mi papá les escribió a mis tíos en España para avisarles que me casaba y que me iba a vivir a Ciudad Cuauhtémoc, Chihuahua, que estaba a 1 700 km de México. Cuando recibió la contestación, grande fue su sorpresa ante

las preguntas que hacían mis tíos: “¿En qué país está esa ciudad?”, “¿qué idioma se habla allá?” Para los europeos esa cantidad de kilómetros era como ir a Rusia o algo por el estilo; además lo exótico de los nombres les hacía suponer que se trataba de otro país, en el cual se hablaba otro idioma.

Con mi habitual manera de ser, y al igual que en mis quince años, yo no hubiera querido una boda con invitados, banquete, baile y demás, pero la verdad es que tanto mi mamá como mi tía Vale vivían a través de mí todo lo que ellas no pudieron tener. Así me lo hizo comprender una vez más mi padre y, al final de cuentas, disfrutamos la fiesta en grande. Al día siguiente volamos a Torreón, donde Juan tenía que presentarse a una reunión de trabajo que duró toda la semana, así es que pasé mi luna de miel recluida en nuestra habitación del hotel Elvira, sola. Bueno, sola durante el día...

Fui muy bien recibida por la gente de Cuauhtémoc, gracias a la simpatía que despertaba Juan donde quiera que iba. Tenía una manera de tratar a las personas que hacía que inmediatamente sintieran confianza con él, además de que siempre estaba de broma. Eso no quiere decir que fuera superficial, pues era sumamente responsable, pero él sí Te había entendido, Dios, a pesar de no ser muy religioso. Él sí sabía que la vida nos la habías dado para disfrutarla, no para cargarla como algo pesado y ominoso.

Debido a que todos lo querían, decidieron quererme a mí también, a pesar de que mi carácter no se prestaba tanto para ello. Yo me tomaba la vida demasiado en serio y me sentía frustrada cuando las cosas no salían como quería. Pero por regla general la acogida que tuve suavizó un poco las espinas de mi manera de ser. Cuauhtémoc no era una ciudad bella, pero la alegría y bonhomía de su gente hacían que lo pareciera. Era un buen lugar para vivir, tanto, que los dos años que pensábamos quedarnos aquí se convirtieron en toda una vida. Aquí reposan las cenizas de mi amado esposo y supongo que, en un plazo no demasiado largo, también

reposaré yo. Cuando me preguntan de dónde soy, puedo contestar con verdad que aunque nací en España, de la cual no reniego, soy mexicana por elección y cuauhtemense de corazón.

En octubre del mismo año en que nos casamos, 1959, y al saber la noticia de mi primer embarazo, vinieron a visitarnos mis padres, mi suegra y Gela. Recuerdo que la noche que nos invitaron a una reunión en el Club Rotario –del cual acabábamos de hacernos socios–, los señores se instalaron en su privado para celebrar su sesión y las mujeres nos quedamos charlando, esperando que concluyeran para cenar juntos. Creo que aparte de mis invitadas seríamos aproximadamente otra docena de mujeres, todas ellas embarazadas. Mi suegra con aquel desparpajo que la caracterizaba, empezó a preguntarles si también eran primerizas como yo. Vi cómo le fue cambiando la cara, primero de sorpresa, después de incredulidad y al final de horror, al constatar que la que menos hijos tenía era media docena y así iban subiendo hasta decir que esperaban el décimo.

Cuando terminó la sesión de los señores y vinieron a reunirse con nosotras, mi suegra agarró a Juan por el brazo y, apartándolo, le dijo con voz que pretendía ser discreta, pero que sonaba a trueno: “Hijo, llévate a tu mujer cuanto antes de esta ciudad; creo que los embarazos son una plaga contagiosa”. Como es lógico, su comentario suscitó una carcajada general, mientras a mí se me subían los colores a la cara.

Por si fuera poco, cuando conoció el Hospital Regional, que era el mejorcito, o creo que el único que había aquí, hizo jurar a mi marido que no permitiría que su nieto naciera en semejante cuchitril. Eso trajo como consecuencia que, al cumplir los ocho meses de embarazo, Juan me pusiera en un avión y me enviara a México para parir en el Sanatorio Español, tal como mi suegra había decidido. ¡Y eso que vivíamos a 1 700 kilómetros de distancia!

El 25 de diciembre de ese año me mandó Juan a México y nuestro primer hijo nació hasta el 19 de enero. Si esa separación

se me hizo enorme, más largo se me hizo el mes que tardó mi marido en poder ir a recogernos. ¡Ah, pero eso sí! Les hicimos ver muy claro a toda la familia que si me volvía a embarazar, el que quisiera conocer a nuestro siguiente vástago tendría que hacer el viajecito hasta nuestra casa, porque yo pariría en nuestro hospital. Recordando ésa mi primera maternidad, escribí el siguiente relato:

MATERNIDAD

Noche de bodas. Emociones encontradas. Miedo, vergüenza, curiosidad, timidez, amor, pasión... y al final olvidarme de todo menos del amor y la pasión, y dejarme arrastrar por un torrente ardiente y desconocido, pero ansiado tanto tiempo, que me penetra, que me inunda, que me hace morir y volver a nacer... y pensar: ¿cómo es posible que haya vivido hasta ahora sin ti? ¡Oh, amor, amor, amor!

Segunda noche. Frustración y vergüenza; lágrimas amargas; explicaciones titubeantes. En mala hora se presentó la inesperada, a destiempo, sarcástica, como burlándose con su traje rojo sangre. Presentación y despedida. ¡Oh, amor, amor, amor!

Un mes después. ¿Por qué no llega, ahora que la espero? Ella siempre tan puntual. ¿Será? Ansiedad, anhelo, esperanzas; médico, confirmación, alegría desbordada. ¡Oh, amor, amor, amor!

Ocho meses más tarde. Exilio a México. Soledad, añoranza, inquietud, miedo, anhelo. Calambres... De nuevo calambres. ¿Será? Pero si me decían que dolía mucho... Quizás aún no... Dolor tenue en lugar de calambres. Más dolor. Mucho dolor. El dolor se transforma en cataratas de colores que abarcan todo el universo. ¡Oh, amor! ¡Te necesito tanto! ¡Quiero que estés aquí, conmigo, con nosotros! Tiempo eterno, dolor eterno. ¿Por qué no tengo tu mano sosteniendo mi mano? ¡Oh, Dios, no creo soportarlo más! Pero, ¿qué es esto? Sensación de vacío. Ausencia de dolor. De repente un llanto maravilloso titila en el espacio, cual campanillas de cristal. ¡Es un niño perfecto!, exclama una voz cantarina. ¡Oh, amor, amor, amor!

Hijo querido, has cambiado de domicilio. Ya no estás más en el nido tibio de mis entrañas, sino en el nido tibio y amoroso de mis

brazos. ¡El milagro de la vida descansa sobre mi seno! Mis pechos y tu boca se entrelazan en un canto de ternura y de sabiduría ancestral. ¡Amor, ven pronto a conocer a tu hijo, a nuestro hijo, al fruto de la unión de nuestros corazones! Amor, ¿no es precioso? Nunca, en ningún lugar, nació un niño tan hermoso como mi Juan José, como nuestro Juan José. ¡Oh, amor, amor, amor!

Veintinueve años y cuatro hijos más tarde. ¡Oh, amor! ¿Por qué tenía que llegarte el toque de retirada tan pronto? ¿Por qué no pudimos vivir nuestro matrimonio hasta llegar a la edad en que el amor se sublima en amistad, hasta alcanzar la perfección? Sólo el Creador lo sabe, pero le doy gracias por los años gozados, sufridos y vividos juntos. Y te doy gracias a ti por la herencia maravillosa de los hijos y el nieto que me dejaste, y el recuerdo imperecedero de tu bonhomía y tu saber mirar la vida siempre desde el lado risueño. ¡Oh, amor, amor, amor!

Treinta y un años más tarde. Amor, hoy nuestro hijo ha llorado con verdadera desesperación, con tristeza, incluso con rabia, porque tú no estás presente en uno de los momentos más trascendentales de su vida. Hoy se casa nuestro Juan José. Quiere tenerte a su lado y no te encuentra, pero yo lo consuelo diciéndole que a pesar de que estés en otra dimensión, y no hayas estado tampoco en su nacimiento, siempre, en todo momento estarás presente en su corazón. ¡Oh, amor, amor, amor!

Treinta y dos años después. Amor, hoy nuestro primogénito se ha convertido en padre y la vida lo ha bendecido por partida doble. ¡Eres abuelo de gemelos! Y sé, estoy segura, que has estado ahí, en ese alumbramiento, tomándonos de la mano a él y a mí, haciéndote presente ante el milagro de la trascendencia. El ciclo de la vida se ha cerrado. ¡Oh, amor, amor, amor!

Luis Manuel, nuestro segundo hijo, llegó con la primavera el 21 de abril del 1961. Luis en honor a mi suegra y Manuel en honor a un tío que acababa de fallecer. ¡Triste presagio! Dios, ¿por qué los seres humanos nos empeñamos en reponer lo que de una u otra manera nos has quitado? No queremos aprender que cada

ser viviente es irrepetible y parece que queremos enmendarte la plana, como diciéndote que Te habías equivocado al llevártelos. Y peor aún cuando no eres Tú el que Te los llevaste, sino que se fueron por su propia voluntad.

Al año siguiente nació Fernando, nuestro tercer hijo. Nandito se parecía mucho a mi marido, pero todavía más a su abuela Luisa, con unos ojos enormes, un poco saltones. Nuestros amigos hacían bromas a su costa, diciéndole que cambiara la luz larga porque los deslumbraba. Era un niño pacífico, con mucha imaginación y completamente distraído y despistado. La directora de su escuela me consolaba diciéndome que todos los grandes sabios han sido distraídos. Tenía razón. Resultó ser el que mejor cabeza tenía para los estudios, era tan rico su mundo interior que a veces la escuela le parecía aburrida y encontraba mucho más interesante seguir una fila de hormigas, entreteniéndose en ver sus evoluciones.

DE LA ALEGRÍA AL DOLOR

Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar...
que es el morir.

Jorge Manrique

Juan y yo estábamos encantados con nuestros hijos, pero añorábamos tener una niña. Pensamos en esperar un tiempo prudencial y después buscarla, pero creo que no llegaba porque en ese momento necesitábamos de todas nuestras fuerzas. Cuando Fernandito tenía apenas nueve meses, hubo una epidemia de bronconeumonía y nuestros tres hijos se enfermaron; Juanjo y Nando se repusieron casi enseguida, pero con Luisito fue diferente.

Dios, sabes bien que en todo el tiempo en que Juan –mientras éramos novios– estuvo lejos, yo traté de acercarme más a Ti, siempre por medio de Gela. Nos invitaron a unas pláticas del Opus Dei, que en aquel entonces no sabía yo qué era, y nos tocó como director espiritual nada menos que el superior de la Orden para América Latina. Una verdadera eminencia. Tú sabes que para ser sacerdote del Opus Dei se necesita una gran preparación y yo, la verdad, estaba deslumbrada con la sapiencia del padre X. Juan y yo tuvimos el honor de que él fuera el oficiante en nuestra boda.

Pero cuando llegamos a Cuauhtémoc, la historia fue totalmente diferente. No es que me queje, pero pasar de las pláticas y las confesiones del padre X a las del cura párroco de aquí fue un trago demasiado amargo para mí. El padre X, aunque después no haya yo simpatizado con los propósitos de su orden, era un sacerdote

de mente abierta que me ayudó a empezar a entender tu onda, no precisamente la que nos repiten constantemente en el catecismo o las beatas de sacristía. Encontrarme después de casada con un cura para quien hasta el más mínimo roce de pensamiento era pecado, alguien con quien no podía consultar mis dudas y mis inquietudes, me fue apartando de la Iglesia. De por sí, la educación que había recibido de mi padre me había vuelto contestataria, con más dudas que fe. Acabé cerrándome totalmente a esa fe incipiente y ya no tenía a Gela para que me echara un salvavidas que impidiera que me ahogara.

La gota que derramó el vaso de mi incredulidad fue la muerte de Luisito, mi segundo hijo, un tierno niño de menos de dos años, con ojos tristes que parecían presentir su calvario. Una tarde que salí a tomar café con mis amigas, al regresar me encontré a mi niño ardiendo en calentura y con un ominoso ronquido en el pecho. Acudí inmediatamente a nuestro médico familiar –padrino de mi hijo mayor– y su mirada no me dijo nada bueno. Lo internamos en el hospital donde había visto la luz por primera vez, pero por más lucha que se le hizo, el doctor nos dijo que no tenían los medios necesarios para atender la bronconeumonía doble que padecía el nene. Para nuestro dolor, hubo que trasladarlo a Chihuahua. Aquí, cuando menos, por la amistad con los médicos del sanatorio nos permitían tener a nuestros otros dos hijos conmigo mientras lo cuidaba. Lógicamente, al mudarnos a un hospital de Chihuahua, no pudimos continuar con ese plan. Entonces mis amigas se turnaban para cuidar a nuestros otros dos pequeños, Juan José, de tres años, y Fernando de uno. En la capital, aparte del dolor de ver a mi bebé en tan mal estado, tenía la angustia de la soledad, pues mi marido debía atender su trabajo y a nuestros otros hijos. Se puso tan grave nuestro Luisito, que por recomendación médica hubo que trasladarlo al Hospital Infantil en México.

Allá tuve el consuelo de mis padres, suegros y demás familiares, pero sentía la ausencia de mi familia, la que yo había formado

junto con el hombre que amaba. Y, tristemente, sentía la ausencia del comportamiento humano que había recibido aquí, y aun en la ciudad de Chihuahua. En ese inmenso complejo hospitalario, mi Luisito era un número más: el enfermo de la cama 46. Durante tres largas semanas descansaba por momentos acostada en el suelo, debajo de la camita donde mi niño luchaba por su vida en una cámara de oxígeno, rodeado de hielo para tratar de bajarle la temperatura.

Un día el médico me dio esperanzas. Habían encontrado un antibiótico que parecía combatir con éxito los estreptococos que minaban sus pulmones. Una semana después, el doctor me dio permiso de llevármelo a Cuernavaca, donde mis abuelos tenían una casa y el clima era el más adecuado para su recuperación. Para esto habían transcurrido más de dos meses que Juan, los niños y yo, no nos veíamos. Le pregunté al doctor si me podía llevar a Luisito a Cuauhtémoc y me dijo terminantemente que no. Luego me aconsejó que lo dejara con mis padres en Cuernavaca y que, mientras, fuera a darles una vuelta a mis tesoros que hacía tanto tiempo que no veía. “Una semana —me dijo—, después regrese y ya veremos cómo van las cosas. Así también daremos tiempo a que mejore el clima de su ciudad.”

Loca de alegría por la mejoría de mi bebé, tomé el primer vuelo que encontré y me reuní con mi marido y mis niños. Esa primera noche Juan quiso que saliéramos a algún lado, para distraerme un poco. Cuando íbamos de camino, recordé que era el cumpleaños de mi suegro y regresamos a la casa para hablarle por teléfono. Nos encontramos con la terrible noticia de que Luisito se había puesto grave y lo habían internado otra vez. ¡Dios! ¿Qué pueden hacer unos padres en una situación así? En aquel entonces no había teléfonos más que en las oficinas públicas, por eso lo teníamos nosotros, al ser mi marido superintendente de la CFE. Pero no había vuelos más que cada tercer día, y trasladarme por tierra suponía una eternidad.

Acudimos a nuestro médico familiar para que pudiera hablar con los doctores que atendían a Luisito, y durante tres interminables horas estuvimos comunicándonos al hospital cada quince minutos. Al filo de las dos de la madrugada, después de una última llamada, vi la cara del doctor y supe que todo había acabado. Nos explicó que la infección que había padecido y que no se había podido combatir a tiempo le había dejado huecos la mitad de sus pulmoncitos, y en un acceso de tos, simplemente se le reventaron y le prensaron su corazoncito. Yo, medio loca de dolor, quería salir hacia México de cualquier manera, pero mi esposo me dijo, trastornado por la pena: “No estuvimos con él cuando en verdad nos necesitaba; ahora ya nada podemos hacer por él”... Y no fuimos.

Tú mejor que nadie sabes, Dios, el infierno que vivimos esa noche y los siguientes días, hasta que llegaron mis padres. Y Tú, mejor que nadie, sabes que a un dolor insoportable se le puede agregar otro, como ver el sufrimiento de mis padres, a quienes les habíamos encomendado nuestro tesoro, regresar con las manos vacías... Ver el dolor que sentían al devolvernos únicamente un acta de defunción y un papel que decía dónde había quedado sepultado ese tesoro. Y, sobre todo ello, no contar con la fe que pudiera atenuar mi pena. Nunca mejor que en ese momento comprendí la terrible y desesperada frase: “¡Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado!”

Más adelante la vida se encargaría de traerme nuevas aflicciones, pues la muerte de mis padres y de mi marido fueron pérdidas irreparables para mí. Sin embargo, por dolorosas que sean las ausencias de los padres o del compañero, tienen algo de natural, de un cierto orden en el concierto del universo; pero cuando se nos va un pedacito de nuestra propia carne y sangre, con escasos dos años de vida, parece que se trastoca ese orden universal. La razón deja de razonar y el alma lacerada padece un dolor profundo y falto de sentido.

Mi Luisito, mi niño de ojos tristes...

NUEVAS ALEGRÍAS

Un matrimonio feliz es una larga conversación
que siempre parece demasiado corta.

André Maurois

Poco tiempo después quedé embarazada por cuarta vez. La ilusión de un nuevo hijo, quizás una niña, ayudó un poco a paliar nuestro dolor. Pero el que llegó fue Rafael Arturo, que me costó más preocupación en su parto porque tenía el corazón muy acelerado, el que nació más bonito. Parecía un muñeco y como tal lo trataban sus hermanos mayores, abusando de su bondad y su inocencia. Sobre todo Juanjo, que al ir creciendo resultó un verdadero diablillo. Una vez, jugando en su habitación mientras teníamos visita, lo tiró de boca y le rompió los dientes superiores. Escuchamos el golpe, pero no le dimos mayor importancia, hasta que vimos salir a Nando con los dientes de su hermanito en la mano, preguntándole a su padrino, que era dentista y que estaba de visita, si se los podía pegar. Así fue como Rafita tuvo fundas desde pequeño y bien puede haber sido el punto de partida de la vocación de Fernando para dedicarse a la odontología.

Al fin el 23 de diciembre de 1965 nació la tan buscada niña. Se parecía tanto a la descripción de Blanca Nieves... Blanca, cabello y ojos negros y boquita roja. Hermosa nuestra hija. Después de una larga batalla campal llegamos a un consenso mi marido y yo. La nena se llamaría Camelia. Claro, la batalla había sido por el nombre que se le iba a poner. Desde que nació Luisito, mi marido

estaba empeñado en que si era niña se llamaría Juana Pepa. Yo me horroricé, pero al ver que había nacido un niño me tranquilicé. Pero cuando quedé embarazada, primero de Fernando y después de Rafa, Juan seguía insistiendo en que si nacía una niña, le pondríamos Juana Pepa. Yo seguía totalmente opuesta a la idea, pero el susto pasaba porque parecía que sólo iba a producir niños.

¡Válgame, Señor! ¡Qué trabajo nos dio para conseguir la niña! Al fin llegó, no sin causar bastantes problemas. Resulta que la noche anterior a su nacimiento se desató una de esas tormentas de aire y arena tan comunes en Cuauhtémoc, lo cual ocasionó que se quemara el transformador que alimentaba de electricidad al hospital. Nuestro médico, el doctor Moye, padrino de Juan José, había descolgado el teléfono, ya que la noche anterior había estado desvelado por un parto complicado. En fin, que para no hacer el cuento largo, la nena nació a las seis de la mañana, a la luz de una lámpara de petróleo y en medio de un temporal y una onda fría terribles, con la única asistencia de una enfermera.

Lo más gracioso es que el hospital en ese entonces estaba a cargo del Club Rotario, del cual era presidente mi marido; no había luz y él era el gerente de la CFE; el director del hospital, nuestro compadre, se quedó dormido y no llegó al parto. Cuando Juan supo que había llegado al fin la niña tan esperada, lo único que se le ocurrió exclamar fue: “¡Mujer tenía que ser para dar tanta lata!” Y eso que no era machista...

Ahí no paró la cosa. Al día siguiente, 24 de diciembre, yo ya estaba en casa preparando la cena de Nochebuena, y el día 25 estaba de vuelta en el hospital porque Juan, jugando futbol, se rompió el tendón de Aquiles y lo tuvo que intervenir el mismo doctor Moye. Los amigos no lo podían creer, sobre todo el entrañable Pepe Lasso, promotor incansable del deporte de las patadas, que vio cómo se le iba uno de sus mejores elementos. Como podrás ver, Dios, la venida al mundo de Camelia fue de lo más accidentada.

En el momento en que nació la niña, empezó la lucha por el nombre. Yo quería que se llamara Xóchitl –o sea, Flor en náhuatl–, pero él seguía montado en su macho diciendo que sería Juana Pepa, porque era la versión de género para honrar a nuestros padres. Cuando me vio verdaderamente intransigente, medió con la propuesta de que se llamara Camelia.

Del mal el menos, pensé yo. Y Camelia fue. El desenlace cómico lo puso mi mamá. Hacía poco habíamos comprado una vaca que teníamos en la huerta, pues con tantos becerros –quise decir chamacos–, no dábamos abasto comprando leche. Y entonces mi mamá, como quién no quiere la cosa, le dijo a Juan: “Pues para que no te quedes con las ganas, ¿por qué no bautizas a la vaca con el nombre que tanto te gusta?” Y así fue como *Juana Pepa* formó parte de nuestras vidas y me hizo engordar de tanta nata y crema que nos daba.

Al fin habíamos completado nuestra familia: tres chicos y una chica y *Juana Pepa*. Nos pareció un número perfecto, y lo único que nos restaba era darles a nuestros hijos y darnos a nosotros mismos todo el amor posible. Como es lógico –y sucede en cualquier matrimonio–, no siempre estábamos de acuerdo en cómo educar a nuestros retoños. Juan era muy consentidor mientras estaban pequeños, y yo era más estricta –el que lo hereda no lo hurta–. Los niños, que siempre son más listos que sus padres, nos encontraron enseguida el lado flaco y ya sabían que si me pedían un permiso a mí y yo se lo negaba, buscaban la oportunidad de hablar a solas con su padre y rogarle a él, que siempre lo concedía. Juan arreglaba todo con sus bromas diciéndoles a los hijos que yo era una madrastra.

Cuando llegaron a la adolescencia, se cambiaron un poco nuestros papeles, pues Juan se volvió más estricto y a mí lo que me preocupaba más era dialogar con ellos, tratar de entenderlos, porque, ¡ay Dios!, cómo nos cuesta a los padres comprender los cambios que sufren los hijos con la pubertad. ¡Se nos olvida tan fácilmente

que nosotros también pasamos por esa etapa! Pero en fin, a pesar de que nos dieron algunos dolores de cabeza, a estas alturas de la vida –haciendo un recuento de los daños– puedo concluir que, por regla general, eran buenos chicos.

A Juan José –el mayor– le dio por querer irse al Colegio Militar, porque le encantaban los caballos y había hecho buenas migas con el hijo del comandante del regimiento de caballería que acababa de instalarse en Cuauhtémoc. Saliendo de la secundaria, con apenas quince años, se fue a la ciudad de México y, como quien dice, ya no volvió a casa más que para las vacaciones o poco más. Su etapa más difícil le tocó vivirla con mis padres, a los cuales adoraba.

Al siguiente año de la muerte de mi marido, Juanjo se casó y, como recordarás, Dios, por los versos que escribí, él y Pili, su esposa, tuvieron gemelos: Juan José y Juan Antonio. ¿Crees tú, Señor, que habrá algo de fijación en la familia por el nombre de Juan? Ya verás más adelante hasta qué grado llegamos. Juanjo y Toño no fueron gemelos idénticos, sino “cuates” y es difícil encontrar dos hermanos tan diferentes, tanto en lo físico como en el carácter. Como podrás imaginar, Dios, fueron el encanto de toda la familia. Por parte de Pili eran los primeros nietos, y por parte de Juan José no, pero eran la novedad de haber llegado por partida doble.

Después de quince años de matrimonio, Juanjo y Pili se separaron de común acuerdo, y como mi nuera estaba enferma, los chicos se quedaron con su padre y con él continúan hasta la fecha. Ya están en la universidad, Juanjito en Relaciones Internacionales, y Toño en Gastronomía. Al igual que a su padre, les encantan los caballos y salieron muy buenos para las competencias de salto y de *dressing*. Mi pena es que los veo muy de vez en cuando, puesto que no es tan fácil trasladarse al Distrito Federal o que ellos vengán aquí, pero cuando nos reunimos –como en la Navidad pasada que toda la familia fuimos al Ajusco–, donde viven en un rancho,

lo pasamos estupendamente. Yo tuve la osadía de montar al *Pecas*, el caballo consentido de la familia, a mis setenta y cinco años.

Fernando nos dio algunos problemas en su adolescencia. Estuvo desorientado un tiempo, pero después entró a la Facultad de Odontología, donde descubrió su verdadera vocación. Se casó muy joven con su novia de toda la vida; su relación empezó en la secundaria. Él y Paty formaron una pareja tan precoz que nuestro primer nieto nació a los cuatro meses de casados. Juan Fernando –su bebé– fue un niño encantador, tranquilo y poco latoso, que vivió con nosotros mientras mi querida Paty, a la que admiro y quiero mucho, terminaba su carrera de química.

Juanfer resintió los primeros tiempos un poco tormentosos del matrimonio de sus padres, mismos que ya quedaron atrás. Fue listo y estudioso en la primaria, pero al llegar a la adolescencia pareció perder el interés por los estudios y anduvo un poco a salto de mata, entrando y saliendo de diversas universidades. Se fue a vivir a Mazatlán, donde entabló una relación que no terminó bien, pero que me regaló al único bisnieto que hasta la fecha tengo –Luis Fernando– hoy de cinco años. Parece ser un niño encantador, travieso, desenvuelto y cariñoso. Digo “parece ser” porque no hay mucha comunicación con su madre, que quedó resentida de la relación que tuvieron ella y Juanfer. Por suerte, en la actualidad mi nieto ha encontrado su camino, está estudiando de nuevo y tiene un trabajo estable en Chihuahua.

Años después Fernando y Paty tuvieron otros dos hijos, Gabriela y Gerardo. Gaby acaba de terminar la carrera de licenciada en Negocios Internacionales y consiguió en seguida un trabajo en el que está muy contenta. Siempre fue una niña inteligente y estudiosa, tanto que su tío Juanjo le decía que era muy aburrida porque se sacaba únicamente dieces. Parece tener muy claro el camino que quiere seguir en la vida. Por su parte, Gerardo –el benjamín de la familia– fue un niño dulce, cariñoso y muy ingenuo. Le apodaron *Dulcineo Caramelo Malasuerte*, porque si a alguien le tenía que tocar

la silla rota, el vaso agujereado o cualquier otra pequeña desventura por el estilo, era a él. Por suerte ya pasó esa mala racha y acaba de entrar a la universidad a estudiar Administración de Empresas.

Rafa es el que más se parece a su padre en cuanto a carácter, porque en cuanto a físico, Fernando resultó ser una calca de mi marido. Fue un buen chiquillo, dócil, más estudioso que sus hermanos, y más por darle gusto a su papá que por convencimiento, decidió estudiar ingeniería agrícola para hacerse cargo de la huerta. Fue un gran apoyo para mí cuando Juan se nos adelantó. Se casó con una buena muchacha, hija de una familia numerosa. María Elena es muy trabajadora y emprendedora. Tienen un par de niñas hermosas: Abril (campeona de natación) y Natalia (la que parece haber heredado mi gusto por los libros). Ambas son altas, delgadas y hermosas, como su madre. Abril heredó de su abuelo Pepillo el hablar con una rapidez impresionante, lo que le ha dado a Natalia la oportunidad de fungir como intérprete de su hermana, pues yo no le entiendo la mitad de lo que dice.

Antes de su matrimonio, Rafa tuvo un desliz de juventud, resultando de ello un hijo. Me siento orgullosa de ese nieto, pues a pesar de no haber contado con el apoyo de nuestra familia, su madre lo supo sacar adelante en forma inteligente y es un muchacho serio, estudioso y trabajador, con el cual entablé relaciones apenas hace un par de años. Jorge Alonso demostró su nobleza al decirnos, de manera franca, que no guardaba ningún rencor por nuestra falta de apoyo, puesto que su madre le había dado todo lo que necesitaba. Sabes, Señor, me admira cuántas lecciones nos dan los jóvenes, no tan prejuiciosos como nosotros los adultos. Su acercamiento me quitó un gran peso de culpa que sentía sobre mis hombros. Gracias, Jorge, por la humildad de tu corazón.

Camelia es la más sensata de todos mis hijos, aunque se enfaden sus hermanos. Sacó la facilidad de hacer amigos de su padre y, a pesar de haber tenido dificultades para estudiar debido a que tiene dislexia y dislalia, terminó dos carreras: Educadora y Licenciada

en Sistemas Computacionales. De pequeñita era muy *chiple*, como dicen aquí, y no quería separarse de mí ni para ir al baño. Cuando venían de visita mis amigas, de repente se aparecía con su bacinica y se sentaba en medio de todas a hacer sus necesidades.

A los quince años se fue a Estados Unidos de intercambio y le sirvió mucho para aprender a soltar el cordón umbilical, a tal grado de que, una vez casada con Arturo –mi yerno favorito–, ha vivido siempre lejos de la familia, primero en la capital del estado, de ahí a Torreón, a San Luis y, desde hace nueve años, a Saltillo. Ella asegura que parte del éxito de su matrimonio se debe precisamente a haber salido del nido y haber aprendido a volar con sus propias alas. Ella y Arturo tienen dos muchachones, Danny y Andrés, que, junto con Toño, me piensan sacar de la cocina, puesto que están estudiando la carrera de Gastronomía.

Danny fue el primero que se dejó seducir por la cocina, quizá porque es un verdadero tragaldabas. Está estudiando en la Universidad Autónoma de Quintana Roo, en Cancún. La cena de Navidad del año pasado la hicieron al alimón entre él y Toño. El que me extraña que se haya decidido por la gastronomía es Andrés, pues de pequeño fue muy mal comedor y usualmente preguntaba si lo que le ponían enfrente ya lo había comido alguna vez y si le había gustado.



Veinticinco años más tarde. Amor, siempre dispusiste que yo fuera la administradora de nuestro patrimonio. Hoy estoy presentándote un inventario de lo que he logrado, aferrada a tu recuerdo, con la herencia que me dejaste. Yo sé que, como en toda contabilidad, hay buenas y malas inversiones, pero creo que el saldo es a favor. Lo poco o mucho que he hecho ha sido siempre sintiendo a mi lado tu presencia reconfortante y alentadora. Ahora estoy segura de que no tardaré en presentarte personalmente este balance y, créeme, ya ansío ese momento... ¡Oh, amor, amor, amor!

GELA REGRESA A NUESTRAS VIDAS

La amistad es lo que queda cuando se ha prescindido de todo egoísmo.

Anónimo

Por contarte todo esto, Dios, había olvidado ponerte al día de mi relación con Gela, mi entrañable amiga, mi hermana de toda la vida. Ya te había adelantado que para ella fue una prueba demasiado dura quedarse al mismo tiempo sin el novio que adoraba y sin la hermana que la comprendía. Pero ahí no paró la cosa, pues su hermana Tere, quien se había casado casi en las mismas fechas que yo, murió en un lamentable accidente automovilístico, dejando en la orfandad a una nena de varios meses.

La madre de Gela se trastornó a tal grado que no quería saber nada de sus otros hijos. Tere había sido siempre su hija favorita y, al perderla, pareció querer desquitarse con Gela. Cuanto más quería consolar a su mamá mi amiga y suplir a Tere, tanto más se encerraba su madre en un dolor egoísta que no tomaba en cuenta a sus otros hijos. La situación se tornó tan tensa que Gela decidió irse a vivir un tiempo con mis padres, donde se sentía más querida y aceptada.

Gela tenía un pariente lejano que siempre había estado enamorado de ella y, a pesar de no quererlo más que como primo, estaba tan necesitada de cariño que se aferró a ese amor como a un clavo ardiendo. De esa situación resultó un embarazo no esperado. Doña Leonor (¡oh, Dios, ojalá la hayas perdonado!), por esa

educación tan moralista y rígida que había recibido y transmitido también a sus hijos, no permitió que mi amiga tuviera a su criatura de manera normal y únicamente la aceptaba con la condición de que la hiciera pasar como hija de una sirvienta. Gela se opuso a ello, pero al mismo tiempo se sentía culpable de haber tenido a su bebé, y además no quería imponerle un matrimonio a su primo para enmascarar las consecuencias.

Todo esto sucedió mientras nosotros estábamos pasando por el trance de la enfermedad y la muerte de Luisito. A mí me dolía mucho que no se hiciera presente en esas circunstancias, pero ella no me dijo nada para no aumentar nuestra pena. Al fin, tiempo después del fallecimiento de nuestro hijo, nos escribió una carta contándonos su drama y todo su sufrimiento.

Ni corto ni perezoso, Juan me dijo que le mandara dinero para que se vinieran a vivir con nosotros ella y su hijita Rocío. Aquí duró unos cuantos meses y, hasta cierto punto, la bebé fue un consuelo en nuestro dolor y una especie de juguete consentido de toda la familia, empezando por Juanjo y Nando, que nunca habían visto una niña desnuda y se sentían azorados cuando, al cambiarle los pañales, se creían que le habían cortado el “pitito”.

Por fin, después de un tiempo, Gela y Santiago decidieron casarse y formaron una familia feliz junto con otros dos hijitos. Santiago era veterinario y se contagió de cisticercosis, enfermedad entonces mortal. Cuando él falleció, Gela quedó en una situación muy difícil, pues su familia no la ayudaba y ella no estaba acostumbrada a trabajar y debía criar a tres hijos de quince, trece y once años.

El más pequeño y único varón, Fernando, vino a vivir con nosotros un par de años, mientras terminaba la secundaria, pues resentía convivir entre puras mujeres. Contaba con mucho gracejo que, en su casa, únicamente habitaban personas del sexo femenino, ya que para ganarse la vida, Gela puso una casa de asistencia para chicas universitarias. Ahí vivían Gela, Rocío, Gelita, la señora que les ayudaba, las estudiantes y “hasta la mascota era hembra”.

Juan y yo acogimos amorosamente a Fer con la intención de paliar su aflicción por la pérdida de su padre, que él de manera extraña describía como una sensación de “incertidumbre verde” o como una “raya blanca aplastada”. Para él no había mayor felicidad que su “tío” Juan lo regañara, usando palabras altisonantes, en lugar de las dulces reconvenciones que le hacía su madre. Nuestras familias siguieron unidas por un cariño fraternal que perdura hasta el día de hoy, a pesar de la distancia y las desgracias, que lamentablemente han tenido en abundancia.

Mi querida hermana hace cosa de cinco años perdió en un accidente a sus dos nietos mayores, hijos de Rocío. Tenían únicamente dieciocho y dieciséis años, y tanto para Gela como para Rocío fue una tragedia terrible. El tiempo, que todo lo va suavizando, ha logrado que la herida sea menos aguda, pero no menos dolorosa. Doña Leonor murió recientemente, con ciento cuatro años. Cargó sobre sus hombros muchas penas y seguramente remordimientos, y en sus últimos años fue atendida, a pesar de todo, con devoción por Gela y sus nietos. Tú, que conoces la condición humana, espero que hayas tenido misericordia de ella, ya que a mí me cuesta mucho trabajo aceptar los terribles errores que tuvo en su vida como madre y esposa.

Sé que es algo que no me compete juzgar y, a pesar de todo, en sus últimos días le tuve mucha lástima, porque ha de ser terrible presentarse ante Ti con las manos tan faltas de misericordia. Fue una de esas “cristianas” practicantes con las que mi propia moral, tan poco tolerante, no puede comulgar y que me ha hecho renegar de tantos “creyentes” de apariencia como hay dentro de la Iglesia que Tú fundaste y que se llenan la boca de oraciones y palabras que Te atribuyen, cuando que Tú lo único que en realidad predicaste fue el amor al prójimo.

¿Ves, Dios, cómo no puedo evitar el entretejerte en mi vida? La incongruencia de tantas personas, laicos o consagrados, que dicen creer en Ti y practican lo contrario de lo que predicán, ha hecho

que mi vida espiritual se convierta en algo muy mío, y aun cuando la necesidad del sentido de pertenencia me haya colocado en la Iglesia católica, sigo creyendo que la fe es algo personal y no comunitario, puesto que si nos hiciste irrepitibles y libres, no concibo en mi fuero interno que deba sentirme aherrojada por los preceptos que los dirigentes de una institución, por santa que se considere, ordena y manda para sus feligreses.

Prefiero, perdóname por esto que te voy a decir, dejarme guiar por esa voz interior que hemos dado en llamar conciencia, sentido común o intuición para guiar mis pasos en pos Tuyo. ¡Qué más diera yo que tener esa fe ciega que tienen tantas personas de buena voluntad y que yo misma tuve en mi primer encontronazo contigo! ¡No sabes cuánto la añoro! Pero la vida me ha hecho ir perdiendo esa convicción genuina que tanto echo de menos, pero que ya no encuentro.

Estar con Gela me da la alegría y la libertad de sentirme menos mala, porque su bondad y su fe son contagiosas. Pero otras veces la siento como una niña ingenua que no percibe la realidad tal como es, a pesar de tantas desgracias e injusticias que le han tocado vivir. ¡Cómo envidio esa pureza de espíritu que a todo dice amén, desde el fondo de su corazón! ¡Cómo reniego de este afán mío de encontrar siempre el “por qué” en lugar del “para qué” de todo lo que sucede en la vida! ¡Cómo me duele, me lacera, el dolor y la injusticia que tienen que padecer mis hermanos, los hombres! ¡Cómo me lastima ver que nosotros mismos, los seres humanos, somos los causantes de las desgracias ajenas y de las propias!

Pero he llegado a la conclusión de que es condición humana la tendencia a dejarnos vencer por el barro de que fuimos hechos, y a hacer a un lado el aliento divino que nos insuflaste. Sería tan hermoso que nuestra tendencia siempre fuera hacia arriba, hacia la divinidad, y dejar de lado el instinto animal que aún nos domina... ¡Quizás algún día la raza humana pueda llegar a ser más espiritual, más digna de llamarse hija de Dios!

AMIGOS

En ningún momento se siente uno más aceptado y a sus anchas que cuando está entre viejos amigos.

Anónimo

Desde el momento en que nos casamos y nos aposentamos en Cuauhtémoc, encontramos amigos que lo han sido de manera incondicional en todos estos años. Claro que eran amigos de juventud, y lo que nos unía más era el deseo propio de esa edad de juntarnos para divertirnos, hacer fiestas y reuniones, cantar, bailar y pasarlo bien. Poco a poco, con el devenir de los años, con las pruebas que la vida nos fue poniendo en el camino, aprendimos que la amistad era mucho más que pasarlo bien. Nos fuimos uniendo más, no sólo en las alegrías y en las fiestas, sino en los problemas y las desgracias.

Nuestros amigos eran de diversos ámbitos. Los había del trabajo, de las primeras amistades que Juan había hecho mientras vivió en Cuauhtémoc solo, del Club Rotario y otros clubes de servicio hermanos, de la escasa colonia española que había aquí. Entre estos últimos, cómo no recordar con especial cariño a la familia Lasso, Pepe y María, junto con sus encantadores hijos y su restaurant La Cueva. A Juan y a Pepe los unía, más que la nacionalidad, su pasión por el fútbol, al grado de formar los primeros equipos que hubo en la localidad. Pepe fue un pilar en ello, y tanto Juan como otros hinchas del deporte de las patadas hicieron historia.

Actualmente, el estadio de fútbol local lleva, merecidamente, el nombre de José Lasso.

Las mujeres formamos una sola piña que no se ha separado desde hace cincuenta años, más que cuando el destino ha llamado a cuenta a algunas de nosotras. Este grupo de amigas ha sido pilar de mi existencia y estoy segura de que, asimismo, de alguna manera, yo lo he sido de la de ellas. Las “muchachas de los martes”, como nos llamamos a nosotras mismas, han sido fundamentales en mi vida. Durante todos estos años, pocos han sido los martes que no nos hemos reunido. Al principio, como decía, más para pasar un buen rato, jugar a las cartas e intercambiar recetas o hablar de los hijos y chismorrear de los maridos. Con el paso de los años, nuestras reuniones dejaron de tener un carácter meramente festivo para convertirse principalmente en alimento del alma, en necesidad de la compañía de las demás, para compartir alegrías y tristezas, logros y fracasos.

Sobre todo a partir del momento en que empezaron a faltar los compañeros de muchas de nosotras, la reunión de los martes se convirtió en una manera de cargar baterías, de ayudarnos mutuamente en nuestros desfallecimientos, de compartir buenos momentos, de hermanarnos. Yo, que nunca tuve hermanas propias, me siento arropada por el cariño de estas amigas que la vida me dio. Aunque a veces los años pesan y la pereza prevalece, no lo hace por demasiado tiempo, y sentimos la falta de algo vital cuando dejamos de vernos una semana. De alguna manera sentimos la nostalgia de ver cómo el paso de los años va dejando su huella implacable en nuestros rostros, en nuestras almas.

Quisiera hacer un reconocimiento a todas estas hermosas amigas, tanto más hermosas cuánto más achacosas y arrugaditas, porque en ellas he encontrado apoyo cuando lo he necesitado, alegría cuando mi carácter retraído me hacía amargosa, fuerza cuando me sentía desmayar, aliento cuando emprendo alguna aventura nueva y, sobre todo, solidaridad en los momentos difíciles. Gracias,

queridas muchachas. Gracias por su comprensión y su tolerancia, por su aceptación y su aliento, por esas tardes de risas, o esas otras de lágrimas, porque, compartidas, las alegrías crecen y las tristezas se desdibujan. Gracias por su amistad sin medida y sin complejos, sin prejuicios y sin cortapisas. Imposible mencionar por su nombre a todas y cada una de ellas, pues eso necesitaría, cuando menos, un anecdotario completo. ¡Gracias, amigas!

Como es de esperarse, en este grupo formado inicialmente por dieciocho mujeres jóvenes, todas casadas menos una, hay de chile, de dulce y de manteca. Las hay alegres y dicharacheras, también más introvertidas. A unas les gustan las fiestas y no se pierden ninguna oportunidad de bailar, mientras que a otras lo que las atrae es el cine, o la lectura. Algunas son buenísimas para cocinar, o para tejer, mientras que a otras les da por escribir poesía. Pero para lo que todas éramos estupendas, era para darnos consejos unas a otras acerca de algún problemilla con el marido o de algún remedio casero para la tos de los niños.

Hace apenas unos días festejamos nuestra celebración anual de la Navidad con una comida aquí, en mi casa. La habíamos realizado durante cincuenta años en la casa de Bertha, una de las muchachas que se nos adelantó hace un par de años. Ella siempre insistió en celebrar esta fecha en su casa, pues decía que era una satisfacción que no quería delegar en nadie. El año pasado, al ya no estar ella, nos dimos cita en un restaurante, pero nos faltó el calor humano que se siente en el hogar de cualquiera de nosotras. Al hacer el festejo en mi casa, entendí muy bien el gozo de nuestra amiga Bertha al recibirnos, pues yo misma me llené de alegría al festejar al modo tradicional una posada navideña con todas mis amigas. Siempre nos sentimos acompañadas con la presencia etérea de las que ya se adelantaron en el camino.

En todo grupo, por muy compenetrado que esté, habrá alguien con quien te vincules de una forma más especial. Una especie de química, de intereses compartidos, de simpatía, de no sé qué, que

te lleva a entenderte mejor con esa persona en particular. Así nos sucedió a Carmela y a mí. Dentro de este grupo de las muchachas de los martes ella, después de Gela, fue esa otra hermana que Te decía al principio que la vida me regaló.

CARMELA

Un hermano es un amigo que nos da la naturaleza.
Un amigo es un hermano que nos regala la vida.

Anónimo

¿Recuerdas, Dios, que antes Te decía que una amiga muy querida, una hermana, Carmela, me había acercado a Ti? Eso fue después de que se nos fuera Luisito. Al poco tiempo, quizá tres o cuatro años, me enfermé y tuvieron que operarme del riñón. Estuve muy grave; eso, aunado a la pena por la muerte de mi hijito, y a que tanto a mi papá como a Juan les dio un infarto, acabó por ocasionarme una depresión de la que parecía no poder salir nunca. Únicamente quería estar acostada, con la cara tapada y llorando. Me sumí en un pozo oscuro y profundo, sin aliento para salir de él.

Apareció Carmela y me invitó a asistir a un cursillo de Cristianidad. Fue ahí donde tuve otro encuentro contigo, Señor, y donde empezamos de nueva cuenta nuestra relación. Fue una reciprocidad mágica, intensa, mística. Tu cercanía era tal que parecía tenerte a mi lado todo el tiempo, y todas mis dudas y confusiones desaparecieron como por ensalmo.

Por eso Te decía antes que añoraba ese tiempo en que, de manera tan íntima y entregada, sentía tu presencia en mi existencia. Carmela y yo, junto con otros compañeros, iniciamos la Escuela del Movimiento de Cursillos de Cristiandad. Nos sentíamos compelidas a compartir con todo mundo esa experiencia tan maravillosa

de nuestro encuentro. Yo duré varios años, doce o quince, no lo sé exactamente, entregada en cuerpo y alma al movimiento, pero de pronto algo me sucedió. No me preguntes qué, porque no sabría contestarte. Una vez más empezaron las dudas, las decepciones, los cuestionamientos, el desierto... Un desierto como no lo había conocido nunca, porque anteriormente, al no tener fe, no sabía de lo que me estaba perdiendo, pero después fue una especie de orfandad, de vacío, de soledad.

Debo confesarte que mis dudas, frustraciones y decepciones nunca fueron para Contigo, sino para con los que dirigen tu Iglesia, y eso, no contra todos, pues reconozco que hay muchos sacerdotes amigos que para mí han sido un verdadero regalo y ejemplo de entrega, amistad y fe. Pero la verdad es que han sido tan contados... Una vez más, fiel a mí misma, me rebelé. Sentía que había tanta hipocresía, tanta falta de congruencia, tanto cristiano de domingo que no se volvían a acordar de Ti el resto de la semana. Y, lo peor de todo, tanto fariseísmo, tanto llenarse la boca de Dios y después comportarse como si Dios fuera únicamente un traje para los domingos, las bodas y bautizos, los entierros y los días de guardar. Mi espíritu irredento me llevó a abandonar el Movimiento. Por congruencia no podía hablar de la santidad de una Iglesia de la que no estaba convencida.

Volví a mi antigua costumbre de cuestionarlo todo, de dudar de todo, de sentirme un bicho raro en medio de un ambiente en que los demás estaban de acuerdo y yo desentonaba. Pero ese maldito vicio de ponerme caretas, de aparentar lo que en el fondo no siento verdaderamente, de necesitar ser aceptada, me ganó. Y continué yendo a misa y coreando amén, no porque creyera verdaderamente, sino por el temor de ser señalada, rechazada, excluida. ¡Tenía tanto miedo de decepcionar a Carmela y a Gela, a mis amigas todas! De lo único que no tenía miedo era de Ti, porque sé que si alguien comprende las batallas del espíritu, eres Tú.

Y de nuevo la sombra de la nostalgia, la añoranza por los días al lado de Carmela organizando las actividades del cursillo, que para mí representaba realmente el Evangelio, ése que Tú, Jesús, viniste a traernos. Y de nuevo la lucha interna, ¿realmente eres un Dios misericordioso que dispones lo que es bueno para nosotros? ¿O simplemente eres un Dios Creador, porque ésa es tu función, porque para eso existes desde todos los tiempos y, una vez creada tu obra, la dejas a su aire, sin volver a ocuparte de ella, o dolerte de ella, o acordarte de ella? ¿O quizá seas el origen de todo y de todos y de alguna manera nos desprendimos de tu ámbito y no nos es posible la felicidad porque anhelamos profundamente volver a Ti? ¡Oh, Dios, qué pensamientos terribles me asaltan!

Créeme que muchas veces mi cabeza es un desorden y una confusión caótica. Me atrevo a cuestionarte mientras mi corazón siente un anhelo de Ti que duele tremendamente. Eres simplemente ese aliento que insuflaste en mi pobre barro y, mientras el barro tira hacia abajo, tu aliento hala hacia arriba y me siento partida en dos. ¡Sería tan bello creer en lo que se nos dice en el Nuevo Testamento! ¡Sería tan liberador! ¡Pero es tan difícil para mí! No cabe duda... Me estoy volviendo vieja.

Lo único que me consuela es que, a pesar de todo, creo en Ti, Te llames como Te llames, seas Padre o únicamente Creador, seas Espíritu o Materia Primigenia... Claro que mi alma se inclina por ese Jesús del Evangelio con el que me identifico tanto, al que quiero imitar, pero que por más que me esfuerzo no puedo, al que quiero seguir, pero que cuando menos lo pienso ya me estoy desviando del camino. Y dices que el Camino eres Tú... Lo único que sé es que Te necesito, porque dijiste que no habías venido por los justos, sino por los pecadores, y en eso me reconozco.

Carmela, como es lógico, resintió mi cambio, pero tuvo respeto por mi decisión. No obstante que su fe no era cuestionable, había puntos en los que concordábamos, porque su carácter tan independiente le hacía respingar ante ciertos criterios y, sobre

todo, ante la falta de congruencia de muchos llamados católicos. Pero ella había mamado sus creencias, por lo que era la primera en reprocharse sus propios cuestionamientos.

Si alguien era querida y mimada por la sociedad, ésa era Carmela. Tenía un don de gentes admirable, siempre un chascarrillo a punto, muy seguro con alguna palabrota incluida. ¡Pero le sentaban tan bien! Yo, cuando de casualidad suelto algún *taco*, suena como un balazo, mientras que ella los decía con un desparpajo encantador. Cuando íbamos a alguna reunión, ya sabía yo que duraríamos media hora saludando, porque conocía a todo mundo, y ya de salida, otra media hora despidiéndonos.

Su estatura y complexión eran parecidas a las mías, pero, ¡qué porte! Siempre bien arreglada, desde temprano impecable, de tacones y medias, con el atuendo *ad hoc* para la ocasión, ni un cabello fuera de lugar. En fin, al verla se percataba uno de que estaba tratando con una dama. A pesar de no haber realizado más que los estudios básicos para su época, heredó de su madre el gusto por la lectura y supo hacer de sí misma una persona ampliamente preparada. Era difícil tomarla desprevenida acerca de cualquier asunto de la actualidad mundial. Además de todo ello, su ingenio y buen humor eran palpables en su conversación.

Al parecer, el suyo fue el primer matrimonio entre una residente de Cuauhtémoc con un menonita. Henry Wiebe –Enrique para todos– fue quizás el primer miembro de esa comunidad que se salió de ella, pues se sentía aherrojado por unos principios religiosos tan rígidos que incidían en su afán aventurero de conocer nuevos lugares y usar nuevas técnicas. Se conocieron en un ambiente laboral y, a pesar de la diferencia de edades y de culturas, principalmente religiosas, el amor fue más fuerte que la tradición y se casaron bajo las dos religiones, con la condición irrenunciable de Carmela de que sus hijos serían educados en la fe católica.

Tuvieron siete hijos –cinco varones y dos mujercitas–, el menor de los cuales fue Pedrito, mi ahijado y contemporáneo de mi hijo

mayor. El hecho de que Enrique no fuera machista y la dejara tomar sus propias decisiones reforzó el carácter independiente y, por qué no decirlo, dominante de ella. Fue su compañera en numerosas aventuras, desde volar una avioneta que él aprendió a pilotar, acompañarlo en sus pasiones, que eran la cacería y la pesca, visitar ferias y exposiciones de maquinaria internacionales, hasta ser los pioneros en el cultivo intensivo de manzanos en la región.

Siempre fueron excelentes anfitriones, y su casa estaba abierta para todo el que quisiera ir a comprar árboles, consultar dudas o simplemente tomarse una buena taza de café. Tan es así que, en una ocasión, un señor que no los conocía fue junto con su hijo a hacer una compra importante de árboles y, al encontrar la barra de la cocina llena de personas tomando café, ordenó a la que los servía que le diera uno, pensando que se encontraba en una cafetería. Excuso decirte, Dios, la vergüenza que sintió cuando su hijo le aclaró que la persona a la que tan despreocupadamente le había hecho su pedido era la señora de la casa y la que llevaba el negocio de los árboles.

Tenía una salud de hierro y decía que mis constantes migrañas no eran sino un pretexto para no acudir a fiestas y convivios. Trabajadora como pocas, entusiasta en lo que emprendiera, líder nata, invariablemente impuntual... Todos los días la recogía yo en su casa para ir a misa, pues me quedaba de camino, y por regla general llegábamos tarde, pero eso sí, muy taconeadora hasta las bancas delanteras. Al principiar una cuaresma le dije, con la mejor voluntad del mundo, que por qué no prometía ser puntual y no hacerme esperarla. Me devolvió el golpe diciéndome que por qué no prometía yo no enojarme por su impuntualidad. Excuso decirte que ella se salió con la suya.

Durante un viaje que realicé a España, me avisaron que mi querida amiga Carmela había fallecido. Fue uno de los momentos más tristes de mi vida. Al principio reaccioné enojada, porque por una vez en la vida ella había estado lista antes que yo. Le reclamé

que no me hubiera esperado, siendo que yo la había aguardado infinidad de veces.

Un día, leyendo no recuerdo qué, me encontré con una frase que me hizo ver el porqué de mi enojo. Según Eduardo Grecco, “el apego se cura con amor, y amar es aceptar al otro tal como es, haga lo que haga, hasta morirse ‘sin avisarme’”. Después agradecí que tuviera lo que llaman la “muerte de los justos”, pues sin haber estado enferma, una cálida noche de julio se durmió, para despertar, libre ya de toda atadura, junto a Ti.

¡Gracias, Señor, por Carmela! Y gracias también porque de ella heredé dos prendas muy valiosas, sus hijas Elizabeth –mi maestra de pintura– y Carmelita, mi comadre y mamá de mi querida ahijada Raósari. Para mí son parte de mi familia y me da mucha alegría que ellas me vean de la misma manera.

MI FAMILIA ALLENDE EL MAR

La familia es un vínculo con nuestro pasado,
y es un puente hacia nuestro futuro.

Alex Haley

Acabo de mencionarte un viaje a España y ello trajo a mi memoria la parte de la familia que tuvo que quedarse allá y vivir la difícil aventura de la posguerra. Después de nuestra partida para México, mi tía Dolores, hermana de mi padre, atravesó Francia de regreso con su hija Lolita y su hermano menor Daniel. Se encontró con un cuadro desolador.

Su madre, mi abuela Esperanza, dependía de la buena voluntad de los vecinos, pues al terminar la guerra y regresar de su recorrido por los pueblos aledaños a Barcelona para procurarse algún alimento, perdió literalmente la razón. Cuando leo el *Requiem por Federico* que escribió el poeta Rafael de León en honor del inolvidable poeta andaluz Federico García Lorca, asesinado arteralmente por las huestes franquistas, siempre pienso precisamente en mi abuela al encontrarse sin casa y sin familia: “¡Ay!, qué dolor infinito / de pedernal y de rosa; / voy y vengo como loca / sin que consolarme pueda / porque ni un hijo me queda / para llevarme a la boca...”

Ver de regreso a dos de sus hijos y una nieta palió un poco su dolor y recomenzaron los cuatro, como pudieron, su vida. Pasado algún tiempo, se casó mi tía de nueva cuenta. El tío Daniel empezó a trabajar al tiempo que tuvieron noticias de México y

de Francia, relatando las peripecias que habían vivido el resto de sus hijos, unos en América y los otros al otro lado de la frontera francesa. Las aguas volvieron lenta y dolorosamente a su cauce y, a pesar del desgarramiento que la guerra había causado, pudieron sobrellevar la pobreza y se acostumbraron sin alternativa a las tarjetas de racionamiento. Mis tíos y mi padre, mientras tanto, unieron esfuerzos para traerse a mi abuela Esperanza a México y así, cuando yo tenía catorce años, pude al fin conocerla.

La verdad es que estaba ansiosa por verla en persona, pues desde que supe escribir no perdía oportunidad de enviarle una cartita, junto con la de mi padre. Siempre la encabezé con un “Querida abuelita” y en ella le contaba con mi ingenuidad infantil las novedades que habían sucedido en mi vida. Desde luego, tal como estaba acostumbrada, al dirigirme a ella lo hacía invariablemente de “tu”. Nunca recibí una respuesta de su puño y letra porque apenas sabía escribir su nombre, así es que mi tío Pepito, su yerno, era el intermediario.

Cuando todo estuvo dispuesto para su viaje a México, recibí una carta de mi tío dándome unos consejos acerca de mi forma de dirigirme a ella. Debía, de ahí en adelante, decirle abuela y hablarle de “usted”, pues aunque nunca me lo habían dicho, ella estaba muy decepcionada de mi falta de respeto al tutearla. En ese momento, Dios, algo se rompió en mi interior. Me dolió tanto que el cariño que yo vertía en mis cartitas se tomara como algo irrespetuoso, que toda la ilusión que tenía por conocerla se tornó en resentimiento. Nunca pudimos llevar una buena relación por algo tan nimio como eso.

¡Pobre abuela mía, después de haber sufrido tanto, tener que contar con el desamor de su nieta mayor por una tontería! Claro que no fue lo único que me evitó conectar con ella. Era una mujer que llevaba sobre sus hombros la terrible carga de la educación tradicionalista, donde la mujer siempre acataba sin rechistar los designios del hombre. A mí me fue imposible, siendo joven y

educada dentro de una libertad absoluta, entender y perdonar muchas de sus actitudes. Tuvieron que pasar muchos años y correr mucha agua bajo los puentes de la vida para que yo entendiera su posición. De manera totalmente infructuosa, pero sincera, Dios, muchas veces le he pedido perdón a su recuerdo por mi actitud tan recalcitrante y poco comprensiva.

Poco después de haber logrado traer a mi abuela, mi familia se propuso invitar también a mi tía Anita, quien permanecía en Francia con su hijo Paquito. Así lo hicieron, y después del nacimiento de Linda, hija de un segundo matrimonio de mi tía, vivieron juntos mi abuela Esperanza y ellos. Mi tía siempre fue una mujer muy independiente, valiente y luchona, de ello dio fe al no querer depender económicamente de sus hermanos y salir por sí misma adelante. Aprendió a luchar contra la adversidad al encontrarse en Francia; viuda y con un niño de escasos dos años, ello la llevó a actos que bien pueden considerarse heroicos.

Mientras tanto, en España, mi tío Daniel siempre guardó un lugar especial para mi padre en su corazón. Dejó de verlo siendo apenas un niño de doce años, pero su admiración por él no mermó ni con el tiempo ni con la distancia. Se hizo carpintero ebanista y se enamoró de Mercedes, una muchacha del barrio que trabajaba en una fábrica de hilados. Posteriormente se casaron. La suya fue una historia de amor incondicional en medio de las carencias que sufrían todas las familias que tenían antecedentes republicanos. Cansados de soportar pobreza, falta de libertad y oportunidades para que sus tres hijas estudiaran, decidieron emigrar a Francia.

El país fronterizo los acogió y tuvieron que esforzarse mucho y trabajar de firme, pero consiguieron lo que anhelaban, libertad y escuela para sus hijas. Allá nació el menor de sus hijos y han vivido felices desde hace más de cincuenta años. Ahí reposan las cenizas de mi querido tío, en un paraje montañoso desde donde se ve el valle y el mar, lugar en el que se respira libertad y al que

acudieron muchas veces en familia para disfrutar la comida sencilla de un día de campo dominguero.

Mis primas y Danielito están felizmente casados con franceses; todos están realizados y tienen hijos y nietos. Mi tía Mercedes, junto con mi tía Vale, viuda de mi tío José en México, son las únicas sobrevivientes de la generación de mi padre. En España tengo dos primos hermanos y cuatro sobrinos, todos ellos en Barcelona. Algunos miembros de esa mi familia que permaneció allá han venido a visitarnos y a conocer esta bendita tierra que nos acogió. También de México para allá hemos realizado algunos viajes, ya después de la muerte del dictador Franco.

Siempre que tengo un tiempito y algo de dinerillo ahorrado voy a visitarlos, pues después de todo son parte de mi historia, y una muy importante, que no se desgajó con la distancia y que conserva el sabor y el saber de los hechos familiares que son la base de mi relato. La vida da muchas vueltas y se ha portado de diferente forma con cada uno de nosotros, pues a pesar de que las raíces sean las mismas, las circunstancias y la actitud ante ellas es una decisión de cada quién. Eso es lo que marca la diferencia.

Espero, Dios, que todavía me quede tiempo para volver una vez más por aquellos lares para volver sobre los pasos de mis ancestros y rememorar viejas historias que me relataban mis padres y abuelos. Quizás esta primavera próxima regrese a darle un último abrazo a mi querida familia de allende el mar.

REALIZACIONES

La autorrealización significa saber quién eres,
más allá del yo superficial, más allá de tu nombre,
de tu forma física, de tu historia personal.

Eckhart Tolle

Bien decía mi abuela Eus que en tierra de ciegos, el tuerto es el rey. Una alegría y una satisfacción en mi vida me la proporcionaron mis alumnos de piano. Resulta que, a partir de la primera visita de mis padres y mi suegra a Cuauhtémoc, de alguna manera mis amigas se dieron cuenta, seguramente por chismes de mis papás, de que yo había estudiado piano. Ni cortas ni perezosas me pidieron que les diera clases a algunas de sus hijas, pero yo no me sentía, y en realidad no lo estaba, capacitada para ello.

Después de alguna insistencia, y alentada por mi marido, mis padres me mandaron mi piano hasta acá y empezó la aventura, tanto para mí como para mis pobres alumnos. Si bien es cierto que había tomado clases durante un tiempo, mis habilidades no eran suficientes como para impartir conocimientos, pero me di cuenta de que la mejor manera de aprender algo es tratar de enseñar a los demás. Así, durante una decena de años tuve un grupo más o menos fiel de alumnos, la mayoría, como casi siempre, no por decisión propia, sino por afán de los padres de mejorar la cultura de sus hijos.

La verdad es que, viéndolo a la distancia, Cuauhtémoc era una especie de pueblo del Oeste, en que prevalecía la importancia del

trabajo sobre el esnobismo de la cultura. Han tenido que pasar muchos años para que cada día se le dé más importancia al ser que al tener. Si bien el tener es necesario, el ser es imprescindible. Hoy en día me doy cuenta de cuánto ha progresado en materia cultural nuestra ciudad. El esfuerzo de muchas personas e instituciones está dando frutos y ahora podemos decir que llevamos un buen trecho adelantado, quizá no tanto como debiéramos, pero lo suficiente como para sentirnos orgullosos de ello.

Nuestra juventud cada día se interesa más por la pintura, la música, la escritura y demás manifestaciones artísticas, y ya no tanto porque los padres los obliguen, sino porque ellos mismos le han encontrado el gusto al crecimiento interior que la cultura proporciona. Ojalá con este crecimiento espiritual logremos abatir ese otro crecimiento, el de la violencia y la apatía, que son males endémicos que nos aquejan y que hacen tanto daño.

Me sentí verdaderamente orgullosa hace unos días en que los pupilos de una exalumna mía nos deleitaron con su segundo recital de piano; asimismo cuando acudo a exposiciones de pintura de hijas de mis amigas, o a presentaciones de libros o cafés literarios. Nuestro coro Wikaraáme ha ganado preseas internacionales y ya tenemos orquestas de cámara y conjuntos de danza. Cuauhtémoc ha resultado ser un semillero de escritores y poetas, que empiezan a darse a conocer tanto en el país como fuera de nuestras fronteras.

En esta bendita ciudad en la que apenas había escuelas primarias y una o dos secundarias, ya contamos con extensiones universitarias. Se ha dado a conocer también con atletas de alto rendimiento. En fin, que el Cuauhtémoc de 12 000 habitantes que conocí hace cincuenta y cinco años se ha convertido en una pujante ciudad de cerca de 150 000 almas.

Cada año se celebra en primavera el Festival de las Tres Culturas, lo que ayuda a amalgamar cada día más a los tarahumaras, menonitas y mestizos que componen nuestra identidad regional. Lo único que me agradaría es que cada día la participación de nuestros

hermanos tarahumaras, los verdaderos dueños de estas tierras, fuera más relevante. Me gustaría también que nos hicieran partícipes de su sabiduría ancestral para enfrentar la vida desde lo hondo de su ser; de su capacidad de profundizar en el mensaje que la naturaleza les infunde; de su respuesta innata ante la importancia del ser, y no del tener, tan poco practicada por nosotros, que con arrogancia nos consideramos dueños de una civilización superior.

Pienso que nosotros, los *chabochis*, nos hemos dejado influir por la cultura de nuestros vecinos del norte, pero no por la parte buena que tienen, sino por el ansia de tener, antes del ansia de ser; por el vicio del consumismo, en lugar de por la virtud de la frugalidad. A nuestra vez, no hemos sabido comunicarles a nuestros hermanos indígenas la bondad de nuestra propia cultura, que también la tenemos, sino que los hemos hecho sentir que nuestra superioridad se basa en lo superficial, en el anhelo de poder y de riqueza. En realidad, ellos, los desposeídos, nos enseñan cuán poco se necesita para subsistir con dignidad y sin entregar el alma a la tentación moderna de la vida desechable.

Por su parte, los menonitas, grupo religioso originario de Europa que fue acogido en México para colonizar las tierras aledañas a Cuauhtémoc con su sistema agrario, constituyen un contingente de personas con arraigadas virtudes de trabajo, honradez, creatividad y frugalidad. Durante el mencionado Festival de las Tres Culturas es interesante y curioso ver el mosaico que componen los rubios menonitas, los estoicos tarahumaras y los más bullangueros mestizos.

Ojalá pudiéramos fundir en un crisol todas las cosas buenas que posee cada una de las tres culturas y, sin perder nuestra propia identidad, apropiarnos de esa mezcla para resurgir como mejores seres humanos. De cualquier manera, aplaudo a este Cuauhtémoc de hoy, a este Chihuahua de hoy, a este México de hoy que, a pesar de los pesares, es mejor y camina con pasos a veces no tan rápidos como quisiéramos, pero siempre hacia adelante. Sobre

todo, pensemos que ese caminar hacia el futuro no es responsabilidad de los demás, sino de todos y cada uno de nosotros.

Por consejo de una amiga me dediqué, aparte de las clases de piano, a comerciante. ¡Nunca lo hubiera hecho! En mi familia, quitando a mi hijo Juanjo, estamos negados para el comercio. Puse una pequeña tienda de ropa con el rimbombante nombre de Modas Xóchitl –ia poco nada más Juan se iba salir con el caprichito del nombre!–. Era un local que contaba con una pequeña trastienda, donde daba las clases de piano cuando la clientela me lo permitía. Claro que el que a dos amos sirve, con alguno queda mal. Y quedé mal con mi negocio, pues más o menos engatusaba a las clientas para que me compraran, pero cobrar era algo que no entraba en mis posibilidades. Siempre fie y pocas veces cobré, por lo cual podrán colegir que la bancarrota no se hizo esperar.

Entonces se me ocurrió que me podría dedicar a plantar una huerta de manzanos. Veía cómo Carmela, mi amiga, se dedicaba a ello, y me pareció que sería lo más adecuado. Como estaba de moda el eslogan de “adopte un árbol”, yo adopté tres mil. No se crean que fue tarea fácil, pues mi marido no estaba muy convencido –supongo que por mi fracaso como comerciante–. Él alegaba, y con razón, que su trabajo no le dejaba tiempo para dedicarlo a una huerta y, además, había una razón más poderosa: no contábamos con el capital necesario para adquirir el terreno, comprar los árboles, la maquinaria y todos los insumos necesarios. Entonces engatusé a mi papá para que entrara de socio capitalista, mientras que yo sería la socia trabajadora. La verdad es que trabajé como negra en algo que suponía que era muy fácil: plantaría los árboles, los regaría y empezaría a recoger dinero a la par que recogía manzanas.

Amigos, un buen consejo: nunca se metan en un negocio sin haber estudiado todos los recovecos que tiene y sin leer la letra chiquita. No puedo decir que fuera una experiencia catastrófica como lo del negocio de modas, pero tampoco fue tan sencillo

como me parecía. Lo que sí puedo asegurar es que me proporcionó muchas satisfacciones, muchas lecciones acerca de lo sacrificado que es ser agricultor y muchos callos en las manos. En las mañanas me subía al tractor a hacer los surcos necesarios para el riego, o agarraba las tijeras podadoras para dar la forma adecuada a los árboles. Escudriñaba el cielo para ver si llovería, o granizaría, o si el sol inclemente achicharraría los árboles por mucha agua de riego que el pozo les proporcionara.

Como chica de ciudad, estaba acostumbrada a renegar cuando llovía, y en la huerta aprendí que el agua que viene del cielo es vida. Cada yema en las ramas, cada hojita nueva, cada flor que despuntaba, cada pétalo que caía dejando ver el pequeño fruto escondido en sus entrañas, fue para mí una lección de vida, de perseverancia, de humildad ante el milagro cotidiano de lo que parecía muerto en invierno y tornaba a la vida en primavera.

Mi faceta de fruticultora me hizo ver lo dura, pero al mismo tiempo lo satisfactoria que es la vida del campesino, del que cava la tierra con sus propias manos, la abona y la prepara para que, una vez bien enraizado, el árbol empiece el ciclo eterno de la naturaleza. Me embriagaba con el perfume de los árboles en flor y con el espectáculo de las abejas cumpliendo con su dulce cometido. Sufría cuando a la mitad de una cosecha una fuerte granizada dejaba hecha puré la otra mitad, cuando no alcanzaba el dinero para la raya de los piscadores o de los peones. Me llenaba de gozo ante los *palets* colmados de fruta dorada o roja.

Para mis hijos fue una gran lección de vida participar en los trabajos que se requerían, y aprendieron a respetar a los peones, a los mayordomos, a los piscadores que ayudaban a que todo el proceso se llevara a cabo. Supieron convivir en plan de igualdad con las personas que abonaban la tierra con el sudor de sus frentes y, en muchas ocasiones, también ellos sudaron lo suyo y aprendieron a valorar el cansancio del cuerpo, y la satisfacción del alma por la labor cumplida.

Mis padres también gozaron de una hermosa experiencia y año tras año venían a compartir el trabajo de las prendidas en tiempo de floración o de la pisca en tiempo de cosecha. Nunca habían sido campesinos, sino más bien obreros o empleados, así es que el trabajo de la huerta era novedoso y gratificante para ellos. Mi mamá se divertía mucho cuando en la mañana me veía montada en el tractor y en la tarde sentada ante el piano, dando clases a mis alumnos. Ambas experiencias me ayudaron a valorar dos mundos diferentes, pero en los dos la clave era el ser humano: los peones humildes y trabajadores, que con su esfuerzo podían llevar el pan a su casa, y los niños que con su tesón aprendían a valorar que no sólo de pan vive el hombre y que con la música expandían su mundo interior y su percepción de la belleza.

Mi marido se sentía muy satisfecho con la huerta, a pesar de que no era el negocio que nos haría millonarios, pero le encantaba presumir sus manzanas diciendo, según él, que eran las mejores de la región. Claro es que todos los manzaneros decían lo mismo y sentían el mismo orgullo que produce ver el fruto de su trabajo. Juan seguía trabajando como superintendente de la Comisión Federal de Electricidad, cargo que desempeñó durante treinta años y que le proporcionaba la satisfacción del deber cumplido, además de que era su vocación.

Al cabo de un tiempo tuve que dejar las clases de piano, pues como esposa de funcionario del gobierno me vi en la necesidad de encabezar un grupo de esposas de trabajadores de la CFE, llamadas pomposamente Damas Voluntarias de la CFE. Ocurrió que la esposa del presidente de la república en turno pensó que sería muy llamativo que todas las esposas de los funcionarios del gobierno se ocuparan de ayudar a los menos favorecidos. Hicimos un estudio de factibilidad y llegamos a la conclusión de que, en nuestra ciudad, hacía falta una escuela de educación especial, puesto que en nuestra búsqueda de qué hacer nos encontramos con que había un gran número de niños con deficiencias psicomotrices, principalmente

en las clases económicamente débiles, y que no tenían quién los atendiera.

Este estudio nos llevó a la tarea de acudir a las autoridades educativas para solicitarles que hicieran una escuela de ese tipo aquí. El trabajo de estar insistiendo duró casi dos años, pero al fin lo logramos, después de organizar una olimpiada de Educación Especial a la que asistieron quinientos niños de todo el estado, más sus maestros y acompañantes. Fue una experiencia maravillosa, pues todo el pueblo cooperó, incluido el ejército, sin contar con el trabajo de las Voluntarias, que fue arduo.

Pero gracias a eso conseguimos que nos hicieran una muy buena escuela, dotada de todo lo necesario, así como del personal docente. Dicha escuela se hizo en 1984 y sigue funcionando. A la jubilación de mi marido tuve que dejar de dirigir a las Voluntarias de la CFE, puesto que el cargo que tenía Juan lo ocupó otro ingeniero y fue su esposa la responsable de seguir con el proyecto. Este trabajo no remunerado económicamente fue algo que me dejó mucha satisfacción, así como amistades con las que aún me reúno dos veces al mes. Todas las señoras que formaban el patronato son muy queridas para mí y me envanezco de decir que también ellas me demuestran su cariño, no sólo por mí, sino recordando a mi marido con mucho aprecio.

Fue una labor que, además, unió a todo el pueblo por una causa común y son muchos los niños que se han beneficiado de esa obra a la que se entregó la ciudad entera. Yo quedé muy satisfecha y agradecida con todos, principalmente con las muchachas de servicio que me ayudaban en la casa, puesto que dicha empresa me quitaba tanto tiempo que ellas tenían que hacer casi todo lo que me hubiera correspondido a mí, desde cuidar a mis hijos hasta preparar la comida y tener la casa impoluta.

VIUDEZ

La muerte puede acabar con una vida,
pero nunca con una relación.

Mitch Albon

La ilusión de envejecer juntos mi Juan y yo se esfumó. Una traicionera enfermedad que lo aquejó durante la guerra y que nunca fue bien curada, acabó por arrebatármelo antes de tiempo. Su hígado estuvo siempre resentido de una hepatitis temprana y eso, aunado a su empeño en negar lo evidente –que el alcohol era un veneno para su organismo–, hicieron que durante los últimos años de su vida la enfermedad lo fuera minando. A un carácter alegre y sociable como era el de mi marido no se le podían poner cortapisas y teniendo en nuestro grupo de amigos a buenos bebedores, era casi imposible hacerle ver el daño que le ocasionaba el alcohol. Le gustaba departir con los demás y llegó a un punto en que su organismo necesitaba el estímulo que le proporcionaban un par de copas.

No miento si digo que en nuestro matrimonio el único escollo importante fue precisamente mi preocupación por su salud mermada por el trago, pero él se negó siempre a aceptar que el cigarro y el alcohol le hicieran daño. Antes de los cincuenta años tuvo un infarto al miocardio y yo pensé que eso bastaría para que recapacitara, pero no fue así. Debido a ello, su estado de salud se fue complicando, y cuando apenas tenía cincuenta y siete años, la muerte le ganó la partida.

¡Oh, Dios, qué dolor tan grande cuando mi compañero de toda la vida se va y me deja! ¡Qué soledad tan difícil de aceptar, sobre todo porque, a mi entender, con un poco de voluntad podríamos haber tenido varios años por delante! ¡Y qué desgarrador ver a su pobre madre, que ya había perdido a su esposo y a un hijo de treinta y cinco años, tener que entregar a ese hijo que le quedaba! Todo lo que te pueda decir es inútil, pues bien sabes del dolor humano, pero mi deber era hacer de tripas corazón y aparentar unas fuerzas y una serenidad que no tenía, para no aumentar más el sufrimiento de mis hijos y mi suegra.

Traté de consolarme agradeciendo a la vida los años de amor y felicidad que nos había brindado. Juan fue un hombre bueno, un marido cariñoso, respetuoso de mi personalidad, nunca impositivo... Aparte de su familia, muchas personas lo lloraron, pues ya te había comentado, Dios, cómo se hacía querer. Sus amigos y sus empleados formaron un cortejo fúnebre que pocas veces se había visto. Hay muchas cosas que escapan de mi memoria, porque durante un buen tiempo estuve en estado de *shock*, pero sé que el pueblo entero resintió su pérdida.

¡Y qué decir de mis hijos! Adoraban a su padre, al que consideraban un ser excepcional, cómplice de todas sus travesuras, siempre dispuesto a darles gusto o a darles un consejo cuando lo necesitaban. Hasta la fecha se sienten orgullosos cuando, por algún motivo, sale a relucir su comportamiento de hombre de bien, honrado a carta cabal, trabajador y, al mismo tiempo, dicharachero, amigo de bromas y un ejemplo en cuanto a su relación con las mujeres. Tanto ellos como yo podemos decir alto y fuerte, y mis amigas no me dejarán mentir, que no sólo no fue machista, sino que les daba a las mujeres el respeto y la importancia que se merecían.

Las cosas suceden como deben suceder. En mi ayuda se presentó el trabajo. Hacía unos cuantos meses había empezado un pequeño negocio, en sociedad con mi nuera Paty. Era un establecimiento

de comida preparada para llevar. Ahora ese tipo de negocios está muy en boga, pero entonces no lo había en Cuauhtémoc. Se llamaba Mi Cocinita y, a pesar de ser pequeño, teníamos mucha clientela, al grado de que tuvimos que poner unas mesas para servir alimentos ahí mismo, a petición de algunos visitantes asiduos. Ésa fue mi tabla de salvación, porque me refugiaba en el trabajo, en dar lo mejor de mí, tanto en atención como en semblante, y todo ello no me daba mucho tiempo para regodearme en mi dolor. ¡Pero qué largas las noches, Señor! ¡Qué cama tan grande, tan vacía, tan inhóspita, tan fría!

Mis amigas fueron un verdadero bálsamo para mi herida, que yo sentía tan profunda y tan imposible de curar. Tanto mis hijos como mis padres se desvivían por mejorar mi estado de ánimo. Unos cuantos meses después, mis papás me llevaron con ellos a un viaje que ya tenían planeado a España. Accedí a acompañarlos porque se negaron a ir solos, pero para mí fue un suplicio, pues recordaba constantemente el viaje que con Juan había realizado unos cuantos años antes.

Pero, Dios, aun cuando sea un lugar común, no por eso deja de ser cierto: el tiempo y los buenos recuerdos son la mejor medicina para la ausencia definitiva de los seres queridos. Poco a poco fui recuperando ánimos, y otras preocupaciones vinieron a reclamar su lugar en mi vida. En el lapso de un año y medio se me casaron los tres hijos que estaban solteros. Mi casa, ese hogar que con tanta ilusión habíamos construido juntos para una familia numerosa, por un tiempo que me pareció eterno se encontró vacía, con ecos de voces ya perdidas resonando entre sus paredes.

Y un buen día empezaron a llegar los nietos... Juan Fernando, que había reinado solo durante siete años, se vio desplazado primero por una hermana, después por primos, otro hermano, más primos y primas... Y la casa recobró de nuevo su sonoridad, su alegría, sus juegos y travesuras. La mitad de mi familia vive fuera, en el Distrito Federal o en Saltillo, pero durante las vacaciones o

las Navidades todos nos damos cita aquí y, entonces, de “rincón a rincón todo es colchón”.

Son momentos de dicha y contento, de prisas y trabajos, de charlas, gritos, risotadas, juegos de dominó o de cartas, de ponernos al día en los acontecimientos de cada familia. Usualmente yo duermo abajo, en el sofá de la sala, para estar cerca de la cocina y poder preparar el primer café al despuntar el alba. Los primeros parroquianos seducidos por su fragante aroma, poco a poco se van incorporando, en pijamas, legañosos y soñolientos, deseosos de esa convivencia matutina con sabor a nuestra propia historia, repleta de recuerdos y añoranzas, con el espíritu de mi Juan siempre presente.

Cuando terminan las vacaciones y cada mochuelo se va a su olivo, suspiro y releo el platito de cerámica que Juan, bromista como siempre, les ponía enfrente a mis padres cuando venían a visitarnos: “Los huéspedes dan alegría, y cuando se van, más todavía”. Vuelvo a suspirar y saboreo el silencio y la soledad, porque he llegado a amarla profundamente, precisamente porque no es impuesta, sino que es parte muy importante de mi vida. Esa soledad me ha ayudado a descubrir mi interioridad, ésa que llevamos escondida, pero que el tráfago de la vida nos impide escuchar con atención y que es la esencia, el por qué de nuestro incursionar en esta existencia.

ORFANDAD

A veces los padres más pobres
dejan a sus hijos la herencia más rica.

Anónimo

¡Oh, Dios! Pareció que la partida de mi Juan fue el toque de trompeta que anunciaba el fin en este mundo de muchos seres queridos. En un corto lapso se fueron de mi vida personas cercanas y amadas, dejando cada una huellas profundas en mi corazón.

El primero en dejarnos fue un ángel. Eso es lo que fue Jordi para sus padres, abuelos, hermana, padrinos y demás familiares. Era nieto de mi tía Vale, hijo de Arturo y de Pilar, y hermano de Mari Nieves. Nació con un problema de la médula espinal, con uno de esos nombres espantosos que pone la medicina y que nunca presagian nada bueno. Anemia afásica, o algo así, lo que quiere decir que no tenía producción de glóbulos rojos, por lo cual cada tres semanas requería de una transfusión de sangre.

Todo ello le produjo múltiples trastornos que convirtieron su vida en un calvario. Sin embargo, nunca he conocido a alguien tan positivo, con tanta alegría de vivir y tan dispuesto a no darles importancia a sus desventuras. Bromeaba con su situación y su personaje favorito era Drácula, pues decía que era pariente cercano de él. Juan y yo fuimos sus padrinos de lejecitos, porque no pudimos viajar al D.F. para el bautizo, así es que mis padres tomaron nuestro lugar. De cualquier modo, tenía tantos padrinos, tíos y primos como gente que lo conocía, porque todos quedaban

prendados de él. Al fin su cuerpecito no pudo resistir tanto tormento y falleció cuando contaba con doce tiernos años, dejando a sus padres y al resto de la familia totalmente devastada.

Poco después, en un lapso de dos meses, nos dejaron mi suegra y mi tío José, hermano de mi papá y esposo de mi tía Vale. Para mi papá fue un golpe muy duro, sobre todo porque mi tío, alegre y simpático como él solo, hacía tiempo que padecía Alzheimer. Ahora él era el que quedaba a cargo de tres mujeres ya mayores, mi mamá, su hermana Aurora y mi tía Vale. Su mayor preocupación era que le sucediera lo mismo que a mi tío José.. A pesar de que su salud física ya no era muy buena –padecía de insuficiencia cardiorrespiratoria–, lo que en realidad le asustaba era que su mente dejara de funcionar como siempre lo había hecho.

Principalmente sufría porque veía en mi mamá el principio de los síntomas de ese mal que él tanto temía. Mi madre, que siempre tuvo un carácter pacífico y dulce, empezó a volverse agresiva, a olvidarse de las cosas y a gritar malas palabras, cosa que nunca había hecho. Cerré el negocio de comidas que tenía para ir a cuidar de ellos, y cuando me enfadaba con mi mamá por decirle cosas ofensivas a mi tía o a mi padre, él me hacía ver que no era ella la que hablaba así, sino la enfermedad que la estaba dominando. Con gran dulzura me decía: “Hija, ahora es a nosotros a los que nos toca tenerle todo el amor y la paciencia del mundo”.

Siento que en esa etapa de su vida mi papá se dio cuenta del tesoro que había tenido a su lado durante más de cincuenta años. Quizá le remordía la conciencia haber considerado el amor de mi mamá hacia él como algo natural, sin valorar en su justa dimensión la grandeza de espíritu que ella le había demostrado en todo momento. Dice el dicho que “nadie sabe el bien que tiene hasta que lo ve perdido” y encontrarse con la idea de que podría perderla en cualquier momento hizo que despertara de esa zona de confort en que había vivido respecto a ella. Estoy segura de que Lola siguió siendo el amor de su juventud, un amor verdadero,

pero idealizado por la desgracia y las circunstancias que les tocó vivir. No fue sino al final cuando se percató de que María era el verdadero amor de su vida.

Me siento agradecida porque no tuvo que pasar por esa enfermedad que le causaba terror, y porque se fue antes que mi mamá. Mi querido padre falleció a causa de una caída y sus consecuencias posteriores. Todos sus nietos acudieron a visitarlo mientras estuvo enfermo y, cuando se fue, era Camelia la que estaba conmigo. Creo que ahí aprendí a valorar la madurez de mi hija, su ternura, su amor y su entereza. Parecía mi madre, consolándome, porque, por desgracia, mi mamá, con su cerebro obnubilado, no dio señales de percatarse de la pérdida mayor de su vida.

Un año y medio después de despedir a mi padre me tocó hacer lo mismo con mi mamá. Ella también, a consecuencia de una caída, tuvo que ser operada de la cadera, pero sufrió complicaciones que le ocasionaron un infarto cerebral. ¡Qué cruel puede llegar a ser la ciencia, la medicina moderna! Entiendo que el deber de los médicos es salvar vidas, pero no estoy de acuerdo en prolongar artificialmente la agonía de una persona mayor. Por desgracia, sin preguntarme la conectaron a un respirador artificial y así lograron que “vegetara” un mes. Su cerebro estaba muerto y no respondía a ningún signo, sólo respiraba porque una máquina lo hacía por ella. Cuando falleció, ni siquiera me di cuenta, pues el infernal ruido del pulmón artificial me hacía creer que aún respiraba. Únicamente al sentir como se enfriaba y sus uñas y labios se ponían morados, me percaté de la terrible realidad. Acababa de quedar huérfana de padre y madre.

Bien sabes, Señor, que no me rebelo contra la muerte, pero quisiera que pudiéramos hacer que la ciencia fuera más humana. La prueba la tuve seis meses después. Me hablaron mis primas de Francia para avisar que su papá estaba muy grave. Yo quería muchísimo a mi tío Daniel y, ni corta ni perezosa, tomé el primer vuelo a París y de ahí a Perpignan para estar con mi tía Mercedes

y mis primas. Tenía una pancreatitis aguda y el médico opinaba que era casi imposible que se salvara, porque iba a tener fallos multifuncionales. Toda la familia estuvo de acuerdo en que no se le hiciera sufrir conectándolo a máquinas si no había posibilidades de una vida digna.

El doctor le prometió a mi tía que le harían la lucha mientras hubiera una esperanza, y de no haberla, la decisión sería de la familia. Así fue. Duró unos cuantos días conectado a diversas máquinas, y una madrugada sonó el teléfono del hotelito en que estábamos hospedadas mi tía y yo. Era el doctor para decirnos que ya no había nada que hacer. Les hablamos a mis primos que estaban a 160 km de distancia; llegaron y nos dejaron entrar a la habitación donde el doctor, poco a poco, fue desenchufando aparatos hasta terminar con el odioso respirador artificial. En menos de cinco minutos, en medio de un silencio cargado de amor y dolor, mi tío se fue en paz. Sus restos fueron cremados y esparcidos en esa colina que veía al mar y que respiraba libertad, donde habían sido tan felices a su llegada a Francia, escapando de los horrores de la posguerra.

Las dos hermanas restantes de mi papá y la hermana de mi mamá no tardaron demasiado en hacer ese último viaje al que todos estamos llamados. En realidad, de la familia directa, tanto de mi padre como de mis dos madres, no me queda nadie. Únicamente sobreviven las esposas de mi tío José, mi tía Vale de noventa y siete años, y la de mi tío Daniel, Mercedes, de ochenta y siete años. Yo les advierto a mis primos que me cuiden, porque soy la primera de la siguiente generación, y ya saben que “donde va la mano va la tras”.

MI AQUÍ Y MI AHORA

El momento presente es el campo en el cual
transcurre el juego de la vida...
No puede jugarse en ningún otro lugar.

Eckhart Tolle

Pues bien, Dios, han pasado setenta y seis años de mi vida, muchos más de los que nunca me hubiera imaginado. De hecho, cuando era muy jovencita y muy romántica, siempre me vi muerta en plena juventud. Me parecía que era mejor dejar un buen sabor de boca a los que me amaban y que se lamentaran por mi temprana desaparición, que llevar una larga vida y escuchar el consabido comentario “al fin descansó”. Hay que saber retirarse a tiempo, pensaba yo, antes de llegar a causar lástima o enfado.

Pero el hombre propone y Tú dispones, por lo cual todavía me encuentro entre los seres vivos. Conste que no me estoy quejando, pues mi vida ha sido estupenda en muchos sentidos y he tenido la oportunidad de disfrutar el entramado de mi existencia, compuesto de alegrías y dolores, de claridad y oscuridad, de áridos desiertos y maravillosos oasis. He sido privilegiada en muchos aspectos y me viene a la mente ahora una frase escuchada a mi padre; él decía que no se quería morir, porque en este mundo inacabado el hombre cada día descubría maravillas nuevas.

Aparte de la bendición que significa ver a los hijos crecidos y realizados, así como a los nietos superándose cada día, está también el recrear mi propia vida, llevándola cada día por nuevos

derroteros, unos nunca soñados y otros largamente anhelados. Me he dedicado a actividades que no estaban en mi agenda –recuerda mi manía de tener todo organizado–, como por ejemplo ser agricultora, o ejercer de maestra de piano, conocer el mundo maravilloso de las criaturas mal llamadas “discapacitadas” e involucrarme con ellas para tratar de que la sociedad las comprenda mejor. Eso en cuanto al capítulo de explorar nuevas experiencias.

Un sueño que había estado en mis planes, pero que creí que nunca lo llevaría a cabo, fue hacer la peregrinación del Camino de Santiago. A mis setenta y dos años, por tratar de darle gusto a mi tía Vale en lo que ella pensaba que sería la última vez que vería a su familia de España, accedí a acompañarla, pues por su avanzada edad –noventa y dos abriles–, temía viajar sola. Pero su ilusión fue más grande que su miedo y ésa fue mi oportunidad para emprender mi aventura del Camino. Toda la familia me juzgó loca.

Únicamente recorrí quinientos de los ochocientos kilómetros que comprende el Camino completo, pero para mí fue suficiente. Caminar en solitario toda esa distancia, atravesando buena parte del norte de España y sentir, en medio del aislamiento, la compañía de peregrinos venidos de todas partes del mundo con un mismo fin –principalmente la introspección, la meditación, el encontrarse a uno mismo–, valió la pena. Lo único que acabó amargando el final de mi viaje fue recibir la noticia de la muerte de Carmela, mi amiga, mi hermana del alma. No encontrarla a mi regreso para compartir con ella todas mis experiencias místicas fue desolador para mí.

Sin embargo, todo en la vida puede tener un fin positivo. Debido a la ausencia de mi amiga, caí en una depresión de la que no parecía sacarme nada. Durante mi vida he tratado siempre de encontrar motivos para continuar adelante cuando las pruebas me superan. Para salir de ese desánimo, me fue dado el regalo de cumplir sueños que se habían truncado en mi juventud, como el de estudiar una carrera universitaria relacionada con filosofía y letras. A

la tierna edad de setenta y tres años, justo el día de mi cumpleaños, fui admitida como oyente en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Campus Cuauhtémoc, para cursar la Licenciatura de Humanidades. Para mí fue toda una fiesta cumplir ese anhelo, pero lo fue principalmente por una causa diferente a la que yo me imaginaba.

Mi idea de la universidad estaba influida por el recuerdo de mi juventud y, una vez en ella, me percaté de que tanto la institución como los docentes y los estudiantes de hoy en día son muy diferentes a esa percepción romántica de mis años mozos. Tiempos traen costumbres. Aunada a la alegría de ver mis ilusiones a punto de realizarse, me encontré un poco escandalizada por las relaciones tan liberales entre el profesorado y el alumnado. Todavía tenía la idea de conocer y tratar con gran deferencia al “Señor Profesor” así, con mayúscula, y a un grupo de jóvenes que refrenaba su impaciencia y guardaba silencio para escuchar la prédica del maestro.

¡Qué simpleza la mía! La realidad me golpeó con fuerza al principio, y poco a poco fui percatándome de que la única que estaba “fuera de lugar” era yo. Entonces me propuse apechugar con las circunstancias y tratar de ser lo menos conspicua posible en medio de aquel mar de jóvenes, que podrían haber sido mis nietos, pero no lo eran. Dejé de lado mis reticencias y traté de aprovechar toda la riqueza que significaba para mí estar junto a los chavos como una más y procuré entenderlos, aceptarlos y amarlos, bajándome de mi pedestal de adulto que todo lo sabe.

Los dos años y pico que duré en la facultad fueron de gran alegría y aprovechamiento para mí, a pesar de que debo confesar que mi mayor molestia no fue causada por los jóvenes, sino por el sistema educativo y la actitud poco comprometida con su responsabilidad de algunos de los maestros. Fui educada por un padre que me inculcó la necesidad de respaldar mis palabras con hechos, pues “hechos son amores y no buenas razones”. Cuando no hay congruencia en el educador, lo que mejor aprende un educando es la irresponsabilidad.

Sé que son palabras fuertes, pero pienso que la principal falla que tiene nuestro sistema educativo es, precisamente, ese exigir algo que no se está dispuesto a cumplir. Quiero expresar todo mi respeto y agradecimiento a los profesores de cualquier nivel que se toman muy en serio su trabajo, porque para ellos no es precisamente una obligación, sino una verdadera vocación. Admiro la entrega que tienen en la formación de seres humanos responsables, la materia prima más noble que se puede tener entre manos.

Por lo demás, mis compañeros de la UACJ fueron un verdadero regalo que me hizo comprender muchas de las actitudes de nuestra juventud actual, de sus anhelos y sus inquietudes. Empezamos como un grupo numeroso de alumnos que, al principio, no sabíamos muy bien qué era eso de “Humanidades”, pero que poco a poco fuimos entendiendo que es la base de cualquier actividad a la que te vayas a dedicar en la vida. Gracias, compañeros, amigos. De manera muy especial un recuerdo siempre cariñoso para nuestro equipo de trabajo, al que nombramos muy “humildemente” Los Cuatro Fantásticos: Norma, con su imaginación y creatividad desbordante; Carlos, nuestro filósofo de cabecera; y Jorge, cantante explosivo e hipersensible a la vez. Añoro nuestras veladas de trabajo que terminaban entre bocadillos, café y muchas carcajadas. Los quiero.

Otra de las actividades que empecé a llevar a cabo en forma tardía, a pesar de haberlo deseado siempre, fue incursionar en el mundo del arte. Me han gustado todas las manifestaciones artísticas, pero aparte de leer mucho y de haber estudiado algo de piano, no me atrevía a ir más allá porque no me sentía dotada para nada. Alguna vez hice algún intento de poesía, pero nunca lo concreté. Gela tenía gran disposición para la danza clásica, pero en su casa nunca le permitieron estudiarla. Yo, cuando intentaba imitar los pasos que ella grácilmente practicaba, en lugar de bailar *El lago de los cisnes*, interpretaba *El charco de los patos*.

Abandoné mis sueños de pianista porque, a pesar del gusto por la música, sentía que tenía dos manos izquierdas. En la secundaria

recibí nociones de dibujo, pero a mí me salían unos monigotes que no tenían nada que ver con los modelos. En fin, mi conclusión fue que podía ser una *diletante* del arte, pero nunca una artista. Salir de la universidad me dejó con espacios que no sabía cómo llenar, y justo entonces me invitaron a un taller de DEMAC, del que, desde luego, no sabía de qué se trataba.

Ahí, en ese taller, encontré, aparte de un grupo de amigas que compartíamos intereses, algo maravilloso con qué llenar ese tiempo que tenía entre las manos y que no quería emplear en algo rutinario. Me encontré con los misterios de la escritura. Me di de manos a boca con algo que había estado latente en mi interior toda una vida y que no había sabido reconocer. Excuso decirte, Señor, que me entusiasmé al ver que podía hilvanar alguna frase que otra y darme cuenta de que no necesariamente tenía que ser Vargas Llosa o Isabel Allende, sino expresar lo que llevaba en mi interior sin dejar de ser Camelia.

Ya desbocada, probé también enfrentarme a la pintura y acudí al taller de Elizabeth, hija de Carmela y, por lo tanto, como quien dice, sobrina mía. Ahí, con la paciencia, el buen humor y sencillez con que imparte sus conocimientos, me reconcilié con la idea de que podía pintar óleos o acrílicos que no iban a competir con nadie ni serían expuestos en el Museo del Prado, pero que sí me daban la satisfacción estética que nutre mi espíritu. Además, aumenté el acervo de mis amistades y las clases son tan relajantes que incluso sirven de terapia ocupacional.

Uno de los pocos miedos que me ocasiona la vejez, debido a mi historial genético, es la degeneración de la mente, llegar a padecer el terrible mal de Alzheimer que socava poco a poco las facultades del cerebro y convierte al ser humano en una especie de zombi, un ente sin presente y sin pasado. Por lo mismo, trato siempre de mantener la mente ocupada y decidí practicar más gimnasia cerebral y empecé a estudiar francés. Durante mucho tiempo había tratado de encontrar algún maestro que me diera clases, pero nunca lo había encontrado.

Tuve la gran suerte de hallar a una señora, nacida en México pero de ascendencia francesa, educada en la Sorbona de París, que recién mudada a mi ciudad accedió a darme clases, supongo que más para ocupar su tiempo libre y matar su tedio que por la necesidad de ganar unos cuantos pesos. Pues bien, Dios, me he encontrado un tesoro, porque aparte de llevarme de la mano por los enredados vericuetos de la gramática francesa, Anne-Marie se ha convertido en mi amiga, y acudir a sus lecciones un par de veces a la semana es una delicia.

Creo, Señor —es más, estoy segura—, que nunca me había reído tanto en mi vida como en estos últimos años. Entre la alegría de vivir que me contagiaron los chicos de la universidad, los buenos ratos que paso con Elizabeth y su tropa de pintoras, las reuniones con mis amigas de los martes y los viernes, la hilaridad que me causan mis tropiezos con la lengua gala y mis domingos familiares en que ensayo cocina *gourmet* con hijos y nietos, la verdad es que lo estoy pasando bien padre, como dicen los muchachos.

Hoy por hoy ése es mi aquí y mi ahora, Señor. Con eso de que me ha dado por teñir de colores el papel con algunos de mis recuerdos, me he hecho un poco adicta a la computadora, puesto que me facilita enormemente el trabajo de escritura y me permite estar en comunicación con mis familiares y amigos y, de paso, enterarme de un montón de chismes en Facebook.

Por cierto, considero que los medios modernos de comunicación y la nueva tecnología pueden ser de gran ayuda siempre y cuando se les tome como eso: medios. Nunca podrán suplir la maravilla de la comunicación cara a cara con otro ser humano. Por mi parte, reconozco que esa misma tecnología me ha rebasado y únicamente hago pininos y me hago bolas con el teléfono celular, la computadora y el iPad, así es que me la paso mandando mensajes de SOS a mis nietos para que me saquen del apuro.

EPÍLOGO

Dios entra en cada individuo por una puerta privada.

Anónimo

Pues bien, Dios, aquí termino esto que pretendió ser una conversación y terminó siendo un soliloquio. O, más bien, debería decir monólogo, porque si bien es cierto que únicamente yo he hablado, sé que no estoy sola, como implicaría el vocablo soliloquio. A pesar de no haber recibido ninguna contestación de tu parte a mis inquietudes, mis preguntas, mis dudas y mis anhelos, mi decisión de hablarte de todos ellos ha liberado mi alma y me siento reconfortada por el solo hecho de haberlos exteriorizado.

No sé si alguna vez estas ideas, estas memorias mal pergeñadas y deshilvanadas lleguen a los ojos de mis hijos y nietos, de algún familiar o amigo, pero en realidad no fueron escritas para eso. No te puedo negar, Señor, que me gustaría que supieran algo de sus raíces y del por qué de muchas situaciones que quizá no entienden. Es posible que, a través de ellas, puedan comprender y perdonar algunas de mis actitudes que los incomodaban, de la misma manera que me sucedió a mí cuando llegué a entender que las circunstancias vividas nos condicionan a ciertos comportamientos y nos conducen a tomar ciertos caminos.

Hoy puedo ver con un poco más de claridad y menos prejuicios el comportamiento de tantas personas que han pasado a lo largo de mi vida. He aprendido que juzgar es temerario, puesto que no sabemos qué ángel o demonio interno mueve a nuestros

semejantes, de la misma manera que en múltiples ocasiones no entendemos qué nos mueve a nosotros mismos.

A la luz de lo ya vivido, vuelvo a percatarme de que he tenido una vida afortunada, plena de amor y sazón con los suficientes infortunios como para reconocer y agradecer la parte de buenos momentos que me han sido dados. Me he visto rodeada de una familia amorosa, de amigos sinceros y de compañeros que han hecho del camino transitado un cúmulo de experiencias que me han enriquecido.

Quizá los siguientes versos puedan definir lo que ha sido mi vida...

ETAPAS

I

“¡Es Mujercita! ¡Una Niña!”,
así empieza nuestra vida...
Muñequita que sonrío,
hace pucheros, ensaya
con una boca de rosa
besos que dará más tarde
pródiga de amor, fogosa.
Su madre es su mundo entero,
pero su padre es su héroe,
pues en sus brazos se siente
inmune a peligros hueros.
Las manos del padre son
dos barreras tiernas, sí,
pero al mismo tiempo, férreas,
que la defienden de sombras
que parece que la acechan.
“Cuando sea grande, papito,
me quiero casar contigo.”
El padre ríe, gozoso...
¡Sueños de todas las niñas!

II

La Niña-Mujer despierta...
No sabe ni entiende nada,
pero lo que sí comprende
es que sus padres no le bastan.
Algo en su interior le dice
que en sus venas, más que sangre,
corre un río ardiente y vivo
que de algún modo reclama
sensaciones que la inflaman.
Algo pasa con su cuerpo,
sus juegos ya no la sacian.
Sueña con un mozo alto
que la lleva fuerte en andas,
y despierta en ella ansias
raras, locas, voluptuosas
de caricias y de besos,
de ternuras y palabras.
Es de noche. En la ventana
se refleja una silueta
que la persigue en silencio.

Sin decir una palabra,
sus labios se juntan, hablan
un lenguaje de caricias,
de flamas que no se apagan...
manos y bocas recorren
la geografía de los cuerpos:
valles y simas, montañas,
regiones insospechadas.
Temblores en todo el cuerpo,
ardores que no se apagan,
suspiros que no se acallan...
Ya se llega la alborada
y hay que despedirse luego
aunque duela la nostalgia,
aunque el cuerpo se resista
a separarse de su alma.
La Mujer-Niña suspira,
no quiere dejarlo, no...
Ya presiente la añoranza
que le va a causar su ausencia.
A pesar de los pesares,
suspira y le dice: "¡Anda...!"

III

La Mujer-Joven comprende
que su cuerpo ya no es suyo,
que ya pertenece a otro,
y al mismo tiempo adivina
que ese otro le pertenece.
Las manos siguen el juego
uno nuevo y más completo
y así se calman sus ansias.
Poco a poco va aprendiendo
a recibir las caricias

que la turban y la encienden
haciendo su vida plena,
y poco a poco también
aprende a darse completa,
pues darse es parte de sí,
es lo que la complementa.
La mayor parte del tiempo
quiere que llegue la noche,
cómplice de sus anhelos,
de sus juegos y sus besos.
El hambre del cuerpo es tal
que hace olvidar cualquier cosa
que no sean las caricias
y los sueños que la acosan.

IV

La Mujer-Mujer madura...
ya no es esa ansia impaciente,
sabe ser volcán y fuego
y al mismo tiempo sosiego,
sabiduría en las caricias,
que forman entre los dos
ternura de cuerpo entero.
La lava de sus entrañas
la enciende, no la consume;
la realiza, no le impide
ser al mismo tiempo esposa,
madre, amante, compañera...
El amor, aún candente
calienta, pero no quema;
alienta, pero no impone;
él mismo se perfecciona;
ya no exige: es toma y daca.
El cuerpo sigue encendido,

pero el alma ya atempera
los arrestos juveniles
que no piensan, sólo sienten
y se entregan con violencia.
Surge entonces un encanto
que no conocía antes,
que matiza la existencia
de algo mucho más profundo:
la amistad de los amantes.

V

La Mujer-Sola al principio
siente que la vida acaba...
abandonada a su suerte.
Las noches lucen eternas
sin quien apague ese fuego
que aún consume sus entrañas.
Los días parecen años:
¿quién comparte sus anhelos?
Los hijos y los amigos
no llenan tan grande hueco;
el tiempo se va plagando
de recuerdos y desvelos...
Poco a poco, el sentido
de la vida va llegando.
La Mujer-Sola comprende
que “sola” es una palabra,
una decisión nomás.
Quedan los hijos, los nietos,
los amigos, la vida, en fin.
Los que se han ido esperan

seguir vivos en las mentes
de los que aún están aquí.
Entonces la Mujer-Sola
retoma el camino y va
siguiendo el sendero abierto,
persiguiendo con afán
ilusiones que regresan
exigiendo ser cumplidas
con un renovado plan.
La vida sigue su marcha
inexorable, inmortal...

VI

Aún queda la Mujer-Sombra...
La Mujer-Sombra es aquella
que ha perdido la avidez
por extraer de la vida
todo lo que pueda ser...
Pobre sombra que no sabe
que un volcán nunca se apaga,
pues debajo de la nieve
sigue el fuego su trabajo...
Ese hielo que ahora vemos
también quema, como el fuego.
Seguramente una chispa
derretirá lo que está yerto
y el volcán dormido explote
y vuelva a su hoguera intacta,
pues la vida no se acaba
sólo duerme y se transforma
continuando en otra etapa...